

Luis Enrique Otero Carvajal
David Martínez López (dirs.)

ENTRE HUELGAS y MOTINES

SOCIEDAD URBANA Y CONFLICTO
SOCIAL EN ESPAÑA, 1890-1936



COMARES HISTORIA

LUIS ENRIQUE OTERO CARVAJAL

DAVID MARTÍNEZ LÓPEZ

(dirs.)

ENTRE HUELGAS Y MOTINES

Sociedad urbana y conflicto social
en España, 1890-1936

GRANADA, 2022

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Esta obra ha sido posible gracias a la financiación del Plan Nacional de I+D dentro del programa estatal de generación de conocimiento y fortalecimiento científico y tecnológico del sistema de I+D+I, del Ministerio de Ciencia e Innovación, la Agencia Estatal de Investigación y la Unión Europea-Fondo Europeo de Desarrollo Regional, al proyecto de investigación titulado «La Sociedad Urbana en España, 1860-1983. De los ensanches a las áreas metropolitanas, cambio social y modernización». Proyecto coordinado, PGC2018-096461-b-c41 y PGC2018-096461-b-c44.



UNIÓN EUROPEA
Fondo Europeo de
Desarrollo Regional

Fotografía de portada:
«Celebración de la proclamación de II.^a República en el centro de Zaragoza»,
de Marín Chivite en *Heraldo de Aragón*

Maquetación y diseño de cubierta:
Virginia Vílchez Lomas

© Los autores

© Editorial Comares, 2022

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-343-9 • Depósito Legal: Gr. 362/2022

Impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	1
Luis Enrique Otero Carvajal y David Martínez López	
1. EXPANSIÓN URBANA Y CONFLICTO SOCIAL EN ESPAÑA, 1890-1936	13
Luis Enrique Otero Carvajal y David Martínez López	

MADRID: CAPITALIDAD, MODERNIDAD Y CONFLICTIVIDAD

2. MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIOLABORAL EN EL MADRID DE ENTREGUERRAS	57
Francisco Sánchez Pérez	
3. LAS OTRAS CARAS DE LA CONFLICTIVIDAD URBANA. MOVILIZACIÓN VECINAL Y LUCHA POR LOS TRANSPORTES EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	79
Santiago de Miguel Salanova y Carlos Hernández Quero	
4. TRANSGRESIONES COTIDIANAS Y REVOLUCIÓN EN LAS COSTUMBRES EN LA CIUDAD MODERNA. MADRID EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS.	103
Cristina de Pedro Álvarez, Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán	

BARCELONA Y BILBAO: FÁBRICAS, INMIGRANTES Y PROTESTA OBRERA

5. BARCELONA, CIUDAD EN DISPUTA. 1900-1936	129
Soledad Bengoechea y María Cruz Santos	
6. DEL SINDICALISMO DE OFICIO AL SINDICATO ÚNICO. CUALIFICACIÓN, INMIGRACIÓN Y CENETISMO EN BARCELONA, 1910-1939	155
Carles Enrech y José Luis Oyón	
7. ESPACIO URBANO, CONFLICTO SOCIAL Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA EN EL BILBAO DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	179
Susana Serrano y José María Beascochea	

LAS CIUDADES ANDALUZAS:
DINAMISMO RURAL, CAMBIO URBANO Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL

8. SEVILLA: CIUDAD SEGREGADA Y CONVULSA	205
Ángeles González-Fernández	
9. MOVILIZACIONES SOCIALES Y SINDICALES EN UNA CIUDAD «SOÑADA»: MÁLAGA, 1898-1936	231
Manuel Morales Muñoz y Dolores Alarcón Hidalgo	
10. LA EMERGENCIA DE LA CLASE OBRERA EN GRANADA (1890-1923)	257
David Martínez López	
11. ESPACIO URBANO, MOVILIZACIÓN POLÍTICA DEMOCRATIZADORA Y CONFLICTO SOCIAL EN EL JAÉN DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	283
Luis Garrido-González	
12. CONFLICTIVIDAD Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA EN JEREZ DE LA FRONTERA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	307
Diego Caro Cancela	

OTRAS REALIDADES URBANAS

13. ESPACIO URBANO, CONFLICTO SOCIAL Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA EN LA GALICIA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	337
Antonio Míguez Macho	
14. LA TURBA URBANA Y OTRAS PRÁCTICAS INSURGENTES: CICLOS Y REPERTORIOS DE ACCIÓN COLECTIVA EN GUADALAJARA (1902-1918)	363
Javier San Andrés Corral	

LA CIUDAD, ESCENARIO DE LA VIOLENCIA SOCIAL Y POLÍTICA

15. ESPACIO URBANO Y VIOLENCIA SOCIOPOLÍTICA EN LA ESPAÑA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX . . .	387
Eduardo González Calleja	

INTRODUCCIÓN

España asistió entre 1890 y 1936 a una profunda transformación y en ella el cambio de la sociedad urbana fue fundamental. La creciente capacidad de atracción de población de unas ciudades en expansión por la industrialización, el desarrollo de la economía urbana y el sector servicios agravaron los problemas sociales de la sociedad urbana. La precariedad del trabajo y el pauperismo eran las notas dominantes de amplios sectores de las clases trabajadoras de las ciudades. Los artesanos que habían dominado la producción manufacturera hasta mediados del siglo XIX vieron como su situación se deterioraba progresivamente, conforme avanzaba en los distintos sectores de la producción la manufactura y la producción industrial. Hacinamiento, malnutrición, precariedad del trabajo y salarios de miseria eran el panorama cotidiano de las clases bajas de las ciudades de fin de siglo, aquejadas por la permanente amenaza del cólera, el tífus o la difteria.

Con el cambio de siglo el tiempo se aceleró conforme avanzaba la segunda industrialización, las ciudades crecían como nunca y las más grandes se convertían en metrópolis y las masas irrumpían con creciente fuerza en el escenario social y político, dando inicio al fin de la *política de los notables* y a la aparición de un nuevo sujeto político: las organizaciones y partidos de masas, cuya primera y más acabada expresión se materializó en los sindicatos y partidos obreros. La integración de la población inmigrante en la sociedad urbana se realizó en un contexto de creciente segregación del espacio urbano. Las nuevas condiciones económicas y sociales vinculadas a la segunda industrialización, unido a la expansión de las ciudades, transformaron el marco de la acción social.

Distintos y variados indicadores reflejan el creciente dinamismo de la sociedad urbana durante el primer tercio del siglo XX, en particular desde la Gran Guerra hasta el estallido de la Guerra Civil, a pesar de la persistencia de las debilidades de la Hacienda Pública y de una estructura económica todavía dominada por el textil catalán, la minería y la metalurgia vasca y asturiana, la producción cerealista del interior peninsular y el sur peninsular, aunque con importantes innovaciones vinculadas a la irrupción de la

industria de la segunda industrialización y a la expansión de un cada vez más potente y moderno sector servicios, relacionado con la irrupción de la nueva sociedad de masas.

La huelga adquirió un creciente protagonismo tras el ciclo de protestas del cambio de siglo, conforme el sindicalismo socialista y cenetista y el PSOE se fueron imponiendo entre los trabajadores. La ocupación de la calle, las manifestaciones y las protestas compartieron protagonismo con los nuevos escenarios planteados por el conflicto urbano y laboral de una sociedad y una economía más complejas, donde las nuevas problemáticas vecinales y laborales y las organizaciones vecinales y sindicales desempeñaron un papel creciente. Para los sindicatos la huelga se convirtió en la principal herramienta de la acción colectiva, a la vez que sus estructuras de funcionamiento se transformaban desde el sindicalismo de oficio al de clase, una dinámica que encontró en la huelga general de rama, localidad o nacional el instrumento desde el que articular la respuesta social a las condiciones laborales y salariales de las clases trabajadoras.

Los tiempos estaban cambiando y las formas de la protesta social se acompasaron a dichos cambios. Todos los instrumentos y herramientas de la protesta social confluyeron entre 1890 y 1936. La huelga como herramienta y el mito de la huelga general como momento fundacional de la revolución se convirtió en el ideario del movimiento obrero del primer tercio del siglo xx. La presión obrera empujó al alza los salarios y a la baja los horarios. Las mejoras salariales y de las condiciones de trabajo —la ley de descanso dominical de 1904, la progresiva implantación de la jornada de 8 horas tras su aprobación en 1919...— cambiaron la vida de las clases trabajadoras, que salieron de la infame situación en la que se encontraban a comienzos de siglo, conforme *la cuestión social* fue objeto creciente de movilización social y política y de atención por los poderes públicos.

El ciclo huelguístico de 1917-1920 dio como resultado la aprobación de la jornada laboral de ocho horas —tras la huelga de La Canadiense—, la implantación del retiro obrero —en 1919—, la creación del Ministerio de Trabajo —en 1920—, el reconocimiento de la negociación entre sindicatos y empresarios —que se sustanciaría durante la dictadura de Primo de Rivera en los comités paritarios y en la II República en los jurados mixtos— e importantes subidas salariales que compensaron las subidas de precios sobre todo entre los trabajadores urbanos, logros que se sumaron a la ley de descanso dominical —1904— y la creación del Instituto Nacional de Previsión en 1908. Fueron años en los que el sindicalismo de la CNT y la UGT se consolidó entre las clases trabajadoras, con una desigual distribución territorial en la que el anarcosindicalismo de la CNT se asentó con particular fuerza en Cataluña y Andalucía y el socialismo de la UGT en Madrid y el País Vasco. Un sindicalismo que aglutinó a trabajadores descualificados y cualificados de la construcción, la industria y la minería, pero que penetró también con fuerza entre los empleados de las administraciones públicas, los servicios públicos —de gestión pública o privada—, el sector servicios —banca, comercio, electricidad, transportes— y los jornaleros agrícolas. El mito de la huelga general se convirtió en el horizonte desde el que soñar con el nacimiento de una nueva sociedad igualitaria, un mito que se fortaleció

con el triunfo de la revolución rusa de 1917. Un dominio sindical que alcanzó su cénit durante la II República, síntoma y expresión de los avances de la sociedad de masas en la España de los años treinta, en concordancia con lo que sucedía en Europa, expresado en la Constitución de 1931 y en la legislación laboral de la II República.

El tratamiento de estas cuestiones no es inédito en la historiografía española, puesto que han abundado trabajos específicos de ámbito local o provincial y tampoco han faltado abordajes colectivos. En relación a estos últimos, dos destacan sobremedida: varios de los capítulos de la monografía *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, publicada por la editorial Siglo XXI en 1992 bajo dirección de José Luis García Delgado; y la monografía editada por Francesc Bonamusa y Joan Serrallonga en 1994 con el título *La sociedad urbana en la España contemporánea*, resultado del Segundo Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (1994), en la que se prestaba una importante atención a la protesta y la violencia urbana en la España contemporánea.

En la gestación de esta obra creíamos pertinente retomar *la cuestión social urbana* del primer tercio del siglo xx por el tiempo transcurrido desde la fecha de estas publicaciones, desde entonces se han desarrollado numerosas investigaciones a escala local y provincial que han enriquecido el conocimiento de dicha cuestión, y se han incorporado renovados enfoques historiográficos. Por otra parte, esta obra centra su atención en el período que media entre 1890 y 1936, un espacio de tiempo, como hemos señalado anteriormente, en el que se asistió a la transición de la sociedad de las élites del siglo xix a la sociedad de masas del siglo xx, con la irrupción de nuevos actores y problemáticas sociales y la reestructuración del sistema político en Europa, a la que no fue ajena España, desde la política de los notables a la democracia de masas, acercándonos a dicho proceso de cambio desde una perspectiva territorial que articula el espacio y el tiempo en función de las dinámicas vinculadas a las distintas realidades económicas, sociales, políticas y culturales de los grandes espacios urbanos y las ciudades intermedias.

En el primer capítulo de Luis Enrique Otero Carvajal y David Martínez López se analiza el conflicto social desde los motines de quintas, de consumos y de subsistencias característicos de la protesta popular de la segunda mitad del siglo xix al creciente protagonismo del asociacionismo obrero y el conflicto entre capital y trabajo, al calor de la gran transformación urbana que acompañó la transición hacia la segunda industrialización, la expansión del sector servicios y las nuevas necesidades y demandas de unas ciudades en expansión que en los principales núcleos urbanos del país habían iniciado los procesos de metropolización con Madrid, Barcelona y Bilbao a la cabeza, que introdujeron nuevas demandas y necesidades de una población más diversa en su composición conforme aumentó la complejidad de la economía y la sociedad en unos espacios urbanos crecientemente segregados por la combinación de la expansión urbana, la metropolización, el desarrollo de sistemas integrados de transporte urbano e interurbano, la desigualdad en la dotación de infraestructuras públicas y privadas —agua potable, alcantarillado,

transporte, alumbrado, educación, sanidad...—, que introdujeron una nueva agenda social y política a través de la acción de los vecinos y la actividad de las corporaciones municipales —dinamizadas tras la reimplantación del sufragio universal masculino con la irrupción de republicanos y socialistas en los ayuntamientos—. Viejas y nuevas formas de la protesta del motín a la huelga, pasando por las manifestaciones, las quejas y peticiones a los ayuntamientos por parte de vecinos y asociaciones de inquilinos, comerciantes y pequeños propietarios, que convivieron con el tránsito de la política de los notables al protagonismo de las masas, un proceso que tuvo lugar en Europa entre la *Belle époque* y el estallido de la Segunda Guerra Mundial y al que España no fue ajena.

Los siguientes tres capítulos se dedican a estudiar distintos aspectos del conflicto social en Madrid, vinculados a las transformaciones que se produjeron en la capital conforme su expansión inició el proceso de metropolización, a la vez que el cambio económico y social hacía avanzar la modernidad en sus calles y avenidas. El capítulo de Francisco Sánchez Pérez analiza el conflicto social en Madrid a partir del grado de implantación de las organizaciones obreras y su creciente protagonismo desde el ciclo de protestas de 1917-1920. La expansión urbana y las transformaciones de la economía y la sociedad madrileñas en el primer tercio del siglo xx se aceleraron a partir de los años veinte, a la vez que la sociedad de masas y su expresión sindical y política cobraban un creciente protagonismo que alcanzó su mayor intensidad con la crisis de la dictadura de Primo de Rivera y el establecimiento de la II República. Le sigue a continuación el capítulo de Santiago de Miguel Salanova y Carlos Hernández Quero que presta atención a los nuevos conflictos surgidos con el inicio de la metropolización de Madrid. El crecimiento del extrarradio más allá de los límites del ensanche del siglo xix y la incorporación de facto de los municipios limítrofes a la dinámica de la metrópoli madrileña convirtieron los déficits en infraestructuras, el abandono municipal y el fenómeno del tráfico y el transporte en focos de conflicto y reivindicaciones de la población. La reorganización del espacio urbano con la llegada de nuevos medios de transporte —tranvías, metro, autobuses y automóviles— alteró los parámetros de movilidad y ocupación de las calles de la capital. El aumento de los accidentes, la distinción entre aceras —para los peatones— y calzadas —para los vehículos— levantaron en sus inicios fuertes protestas, a la vez que la separación del lugar de residencia y el lugar de trabajo introdujo la demanda por un sistema de transporte urbano e interurbano con mayor interconectividad, mayores frecuencias y menores precios. El problema del transporte se convirtió en elemento del debate y la competición política, que incrementó la influencia del PSOE entre las clases trabajadoras madrileñas, sobre todo desde su irrupción en la corporación municipal tras las elecciones de 1905. El capítulo de Cristina de Pedro, Rubén Pallol y Fernando Vicente se detiene en las transformaciones de la vida nocturna a consecuencia de la conquista de la noche por la llegada de la luz eléctrica y el aumento del tiempo libre disponible, en una sociedad en la que el ocio nocturno adquirió un nuevo protagonismo con la aparición de nuevos espectáculos desde el teatro

de variedades a las grandes salas cinematográficas, pasando por el género ínfimo y el atrevimiento de las nuevas vedettes. El *mundo de la noche* despertó el temor de las *gentes de orden* que veían en ella el paraíso de las *gentes del mal vivir* y la expresión de la depravación y degeneración moral que la *vida moderna* traía consigo conforme avanzaba la modernidad por las calles y avenidas de la capital. Un temor ya anticipado en la preocupación, no exenta de atracción morbosa, expresada en la trilogía del mal de las *gentes del mal vivir*: delincuencia, alcoholismo y prostitución, que en la mente de las *gentes de bien* se encarnaba en los peligrosos barrios bajos y fascinaba a la bohemia como el paraíso escapista de la sociedad burguesa bienpensante, espacio para el conflicto moral y social ejemplificado en la calle, la taberna, la comisaría y los juzgados.

Los dos siguientes capítulos tratan sobre la Barcelona del primer tercio del siglo xx, el gran espacio del conflicto social hasta la proclamación de la República y de la influencia del anarcosindicalismo, en el que se desarrollaron algunos de los episodios más relevantes del enfrentamiento entre capital y trabajo de la España de la época. El capítulo de Soledad Bengoechea y María Cruz Santos se inicia con la huelga de la construcción de 1902 y recorre los principales hitos del conflicto obrero de la Barcelona del primer tercio del siglo xx hasta desembocar en la II República. La capital catalana fue el escenario donde el anarcosindicalismo encontró uno de sus principales bastiones en España. La lucha por la mejora de las condiciones salariales y laborales progresivamente se amplió hacia cuestiones relacionadas con las condiciones de vida en una metrópoli en desarrollo, desde el transporte a la vivienda. Un aspecto del que se ocupan en el siguiente capítulo Carles Enrech y José Luis Oyón que tratan de las diferentes experiencias del mundo obrero en la Barcelona de entreguerras a partir de su inserción en una Ciudad Condal en la que la segregación del espacio urbano avanzaba conforme el proceso de metropolización se afirmaba, el análisis socioespacial que realizan los autores pone de manifiesto las diversas formas de integración en la ciudad, tanto en sus formas de vida cotidiana como de sus percepciones políticas y pautas de acción colectiva, en la que los trabajadores descualificados, mayoritariamente procedentes de una inmigración reciente, residentes en la periferia metropolitana —con mayores déficits de infraestructuras urbanas y mayores distancias de desplazamiento entre lugar de residencia y de trabajo—, nutrieron las filas de la CNT, al encontrar en el anarcosindicalismo una apuesta por el cambio social frente a los trabajadores de mayor cualificación y mayor arraigo en la capital catalana, dominantes en los suburbios obreros y el centro densificado —salvo algunas zonas—, donde el cenetismo más radical perdió influencia en los años treinta, ante la mejora de las condiciones salariales y laborales alcanzados fruto de la presión obrera y las nuevas expectativas abiertas con el crecimiento de la economía y los primeros pasos de la sociedad de consumo y ocio. La distinta procedencia de los trabajadores barceloneses entre catalanohablantes y cualificados e inmigrantes recientes del levante y suroriental peninsular descualificados y castellanohablantes marcaron su diferente integración en la metrópoli catalana,

cuestión que fue explotada por el catalanismo para restar influencia a la CNT, que reaccionó desde la organización del sindicato único frente al tradicional de oficio y la afirmación de la unidad de la clase trabajadora frente a las políticas divisorias fundadas en la distinta procedencia del mundo obrero. Los autores señalan la importancia de las diferencias socioespaciales, la cualificación laboral y la procedencia geográfica para entender las dinámicas del obrerismo barcelonés del primer tercio del siglo xx.

El capítulo seis a cargo de José María Beascoechea y Susana Serrano se ocupa de los cambios acaecidos en la metrópoli bilbaína a consecuencia de su despegue industrial y el creciente dinamismo de su puerto, que llevaron a desbordar los límites de la capital vizcaína e iniciar su expansión metropolitana, prestando especial atención a las dinámicas socioespaciales en las que la segregación del territorio fue acompañado por una importante segregación social fruto de las diferencias de los precios del suelo y la vivienda, vinculados a la diferente calidad residencial y nivel de las infraestructuras y equipamientos urbanos. Segregación del espacio metropolitano que se manifestó en los distintos espacios ocupados por las elites, una creciente clase media y unos trabajadores en los que las diferencias salariales entre trabajadores cualificados y descualificados se manifestaron en distintas respuestas sindicales y políticas, encontrando importantes correlaciones entre voto y categoría socio-profesional, y voto y origen geográfico, mediante un análisis combinado de las respuestas políticas y la estructura socioespacial de la metrópoli bilbaína.

Los siguientes cinco capítulos se ocupan de la realidad social en Andalucía, en la que la expansión urbana se desarrolla sobre la base de la atracción ejercida por las principales ciudades andaluzas sobre sus entornos provinciales, en las que las ciudades andaluzas, conforme afirmaban su crecimiento poblacional y urbano, adquirieron una mayor complejidad económica y social, que se materializó en el desarrollo de un sector servicios más dinámico y una composición social urbana más compleja, en la que la influencia de sindicatos y partidos obreros se afirmó de la mano del conflicto social. El capítulo siete a cargo de Ángeles González se detiene en el análisis de la realidad social de Sevilla, una ciudad cuya expansión urbana acentuó la segregación del espacio urbano y alimentó el conflicto social de trabajadores y sectores de las nuevas clases medias urbanas en demanda de mejores condiciones de vida, tanto desde el punto de vista laboral —mejores salarios y condiciones laborales— como ciudadano —denuncia de los déficits de las infraestructuras urbanas y los problemas de la vivienda—, dadas las diferencias entre la zona meridional de la capital hispalense —lugar de residencia por excelencia de la elite y los poderes político, económico y religioso—, y la zona sureste y barrio de San Vicente de mayor mestizaje social y noreste de carácter obrero y mayores déficits urbanos, diferenciación del espacio urbano que marcó la geografía de la protesta desde el siglo xix, desde la periferia urbana al centro de la ciudad, de la Plaza de la Alameda a la calle Sierpes. Expansión urbana y transformación social encontraron traducción en la dinámica del conflicto social en el que el asociacionismo obrero, en su vertiente sindical y política, cobró un renovado protagonismo

desde las huelgas de principios de siglo hasta las movilizaciones obreras de los ciclos de 1910-1911 y 1917-1920 hasta desembocar en las movilizaciones anteriores a la proclamación de la II República. En el siguiente capítulo Manuel Morales y Dolores Alarcón analizan la situación de Málaga. El desarrollo del sistema de transportes y la modernización del puerto favoreció la instalación de establecimientos industriales en el litoral y la zona norte de la ciudad, que fue acompañado por la actividad de la industria de la construcción en la remodelación del centro urbano, con la calle Larios como emblema, factores que contribuyeron a la segregación del espacio urbano con el desplazamiento del centro de las clases trabajadoras, a la vez que incrementaba la atracción de Málaga sobre la población de la provincia y de las colindantes. La expansión urbana agravó los problemas de vivienda de la población de menores ingresos y los déficits de infraestructuras —agua, alcantarillado...— de los barrios periféricos. La importancia del sector primario en la economía malagueña se alimentaba del sector agrícola y pesquero, al que se añadía un notable sector industrial y manufacturero y un sector servicios en expansión. La crisis agraria y los conflictos laborales del cambio de siglo encontraron un notable eco en la ciudad andaluza, que se tradujo en una importante presencia del republicanismo y la llegada del socialismo —de la UGT y el PSOE—. El ciclo de protestas de 1917-1920 se manifestó en diferentes motines y protestas contra la carestía de la vida y conflictos laborales que incrementaron la influencia de la CNT en la ciudad. Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera el júbilo por la proclamación de la República dio paso a las tensiones sociales provocadas por el enfrentamiento entre empresarios y trabajadores y la competencia sindical entre la UGT y la CNT. David Martínez López analiza la emergencia del movimiento obrero en una Granada convertida en un importante nudo de comunicaciones y centro económico de la Andalucía oriental, sobre la base de su papel articulador de la dinámica agricultura de la Vega y de la industria azucarera, que impulsaron el crecimiento poblacional, un activo sector servicios, la reforma urbana y el agravamiento de los problemas de hacinamiento, ante la falta de expansión urbana. El área de influencia de la capital granadina rebasó los límites de la provincia, compartiendo protagonismo con la capital malagueña. La crisis económica y social provocada por el fin del crecimiento registrado en el cambio de siglo por la industria del azúcar y la reforma urbana desembocó en un periodo de conflictividad que desembocó en el ciclo de 1917-1920, en el que el sindicalismo de UGT y CNT y la presencia del PSOE ganaron influencia en la ciudad —Fernando de los Ríos fue elegido diputado por Granada en 1919—. La transformación urbana encontró su traducción en el mercado laboral, que vio como se reducía el peso del sector secundario a la vez que crecía el jornalerismo vinculado a la agricultura y la construcción y ganaba peso el sector terciario, con la expansión de los servicios y la actividad comercial, que nutrió las filas de los trabajadores cualificados a través de los empleados —públicos y privados—, una transformación que fue acompañada por la reducción del peso del republicanismo a favor de las organizaciones socialistas —UGT y PSOE— y,

en la fase alcista de la crisis social de 1917-1920, la creciente influencia de la CNT entre los sectores más desfavorecidos de las clases trabajadoras granadinas, a partir de su liderazgo entre los trabajadores de la construcción. La conflictividad social registrada entre 1909 y 1920 reflejó la intensidad de la crisis económica y social, en la que el sindicalismo ugetista y cenetista afirmaron su liderazgo y la incorporación de sectores de las nuevas clases medias urbanas —ejemplificadas en los estudiantes— en las protestas de 1919, a la vez que la ciudad se convertía en el eje vertebrador de la protesta rural por su estrecha relación con la actividad agraria, tanto por la presencia del jornalero agrario en el área de influencia de la capital granadina como por su papel central en la comercialización de la producción agraria provincial. Le sigue el capítulo de Luis Garrido sobre Jaén, desde el análisis de las condiciones de vida y trabajo de las clases trabajadoras de la ciudad de Jaén, Linares, Úbeda y las cuencas mineras se plantea la dinámica social por mejorar salarios y relaciones laborales de entornos urbanos diversos a través de los avances y el creciente protagonismo del asociacionismo obrero, desde el republicanismo popular al socialismo y el anarcosindicalismo. La crisis agraria y económica del cambio de siglo se unió al proceso de corrosión del mundo de los oficios que dieron lugar a numerosas protestas que fueron vehiculizadas por el republicanismo y el socialismo ante la alarma del conservadurismo jienense. Bajos salarios y carestía de la vida fueron dos constantes de la situación por la que atravesaron las clases trabajadoras jienenses y motor del conflicto social en el periodo, que se reprodujo entre 1917 y 1920, un nuevo ciclo de protestas bajo el liderazgo de las organizaciones socialistas —UGT y PSOE—, que durante la II República adquirieron un claro liderazgo en la provincia, y anarcosindicalistas —CNT—, la presión obrera dio lugar a la elevación de los salarios y la consecuente mejora de las condiciones materiales de vida de unas clases trabajadoras con mayor capacidad de organización y respuesta, con resultados dispares entre las cuencas mineras de Linares y La Carolina y entre los trabajadores cualificados y descualificados en los centros urbanos, a la vez que se deterioraba el trabajo femenino por la presión de los sindicatos y los efectos del desempleo masculino durante los periodos de aumento del paro. En el siguiente capítulo Diego Caro se ocupa de Jerez de la Frontera, a la que define como una típica agrocuidad andaluza que sufrió la crisis agraria del cambio de siglo —en este caso por los efectos perniciosos de la filoxera sobre la industria vitivinícola—. Una ciudad caracterizada por una fuerte desigualdad social entre los grandes propietarios agrícolas, que conformaban una poderosa oligarquía terrateniente y vinatera, plagada de títulos nobiliarios, y una heterogénea clase trabajadora, dominada por la figura del jornalero agrícola —con salarios ínfimos situados en los límites de la subsistencia— y una débil clase media. Fuerte desigualdad que se había manifestado con fuerza en los conflictos y motines que tuvieron lugar durante el último tercio del siglo XIX y se proyectaron en el nuevo siglo a través de la influencia del republicanismo y el anarquismo. La economía de Jerez mantuvo su dependencia del sector vitivinícola y su crecimiento demográfico

—más lento que el de otros núcleos urbanos— se alimentó de los trabajadores agrícolas de la comarca y de un crecimiento vegetativo positivo —descenso de la mortalidad y elevadas tasas de natalidad— que agravaron las condiciones de vida de la población trabajadora jerezana, por el hacinamiento y elevación de los precios de alquiler de la vivienda, con importante focos de infravivienda en los arrabales de la ciudad. La fuerte tradición reivindicativa de los trabajadores jerezanos se proyectó desde los conflictos de principios de siglo a las huelgas de 1911-1914 saldadas con la intervención del gobernador, mediante un laudo aceptado por propietarios y trabajadores, conflictos que se saldaron con el fortalecimiento de las organizaciones obreras, particularmente de las anarcosindicalistas de fuerte tradición e implantación en la comarca y la influencia política del republicanismo hasta la dictadura de Primo de Rivera —natural de Jerez—, como se puso de manifiesto en el ciclo de protestas de 1917-1920 por la carestía de la vida en la que participaron jornaleros, trabajadores cualificados y empleados. La proclamación de la II República acentuó la polarización política entre una oligarquía antirrepublicana y un movimiento obrero liderado por el anarcosindicalismo.

Los dos siguientes capítulos se centran en el análisis de la Galicia urbana y una ciudad del interior peninsular, Guadalajara, una realidad urbana marcada por la menor dimensión de sus ciudades que, sin embargo, no fueron ajenas al cambio que experimentó la sociedad urbana española en el primer tercio del siglo xx. Aunque la intensidad y el ritmo de cambio fue acompasado a su posición geográfica en el contexto peninsular. El capítulo de Antonio Míguez se ocupa de la realidad urbana gallega a partir de tres hechos que la caracterizan: la intensidad del movimiento migratorio fuera de la región y de España, con dirección a América, que lastró el crecimiento urbano de las ciudades gallegas; el relativo aislamiento de Galicia respecto al resto de la península por las deficiencias de la red de transporte —particularmente del ferrocarril— que tuvo efectos ambivalentes, por una parte restó dinamismo a la economía urbana gallega y a la vez preservó la actividad artesanal y manufacturera local, dentro de la profunda crisis del mundo de los oficios consecuencia de los avances de la industrialización y la mundialización de los mercados, y finalmente la emigración del campo a la ciudad que, a pesar de la emigración fuera de Galicia, alimentó el crecimiento urbano gallego sobre todo de La Coruña y Vigo, aunque a distancia de los crecimientos registrados en las zonas más dinámicas del país, y alimentó la renqueante producción artesanal y manufacturera gallega. Una sociedad urbana que manifestó, en el caso de La Coruña, el ascenso de la influencia del republicanismo, que se convirtió en la fuerza dominante entre 1890 y 1923 en la corporación municipal, por el apoyo de sectores de la elite local, las clases medias y los trabajadores —a pesar de la implantación entre ellos del asociacionismo anarcosindicalista. Desde los motines de subsistencias de finales de siglo, que tuvieron lugar en localidades como Vigo o Pontevedra en 1892, a las protestas por la carestía de la vida, en el ciclo de 1917-1920, mantuvieron la continuidad en las formas de la protesta. Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 marcaron el

ascenso de la influencia del republicanismo en las principales ciudades gallegas, a la vez que hacía acto de presencia el galleguismo político y el conservadurismo de raíz maurista, que se reorganizó durante la II República obteniendo un gran resultado en las elecciones de 1933, mientras la conflictividad social encontró su mayor intensidad en las huelgas de 1933 y 1934. En el caso de Guadalajara, Javier San Andrés enfatiza cómo la obtención de la capitalidad, tras la reforma político-administrativa del primer tercio del siglo XIX sancionada con la división provincial de Javier de Burgos, marcó profundamente la evolución políticosocial de la capital alcarreña. Su proximidad a Madrid, del que formó parte de su amplio hinterland, y su posición en la red ferroviaria, en el trayecto de la capital con Aragón y Cataluña determinaron la evolución de la economía y la sociedad desde la segunda mitad del siglo XIX, que se manifestó en el cambio de siglo en la sucesión de toda una serie de conflictos que abarcaron desde las protestas por la carestía de los alimentos a movimientos huelguísticos protagonizados por el asociacionismo obrero de raíz socialista, que alcanzaron representación en la corporación municipal en 1911. Nuevas protestas se produjeron entre 1911 y 1916 con un claro protagonismo de las asociaciones obreras, cuya mayor intensidad tuvo lugar en 1918, por la carestía de los alimentos, a las que siguieron en los años siguientes las huelgas por al alza de los salarios y la mejora de las condiciones laborales en diversos sectores de la economía urbana de Guadalajara.

Finaliza el libro el capítulo de Eduardo González Calleja sobre la violencia social y política en la España del primer tercio del siglo XX a partir de su evolución desde la segunda mitad del siglo XIX, en la que motines y huelgas compartieron el escenario social y donde el desarrollo urbano y las transformaciones asociadas a la industrialización otorgaron un mayor protagonismo al conflicto urbano. La reimplantación del sufragio universal masculino desde 1890 y la aparición y consolidación de las organizaciones obreras —sindicatos y partidos—, así como de otras organizaciones sociales —asociaciones patronales, vecinales, de comerciantes...— y partidos políticos —nacionalpopulismos, nacionalismos— en paralelo a lo que estaba sucediendo en Europa, conforme se fue asentando la sociedad de masas, marcaron la agenda social y política del país. En los ciclos de la protesta de comienzos de siglo, de 1917-1920 y de los años treinta convivieron desde los motines a las huelgas sectoriales en pos de una mejora de las condiciones laborales y salariales. Las huelgas generales y los enfrentamientos entre capital y trabajo, en los que hubo importantes episodios de violencia, los más significativos vinculados al pistoleroismo en Barcelona, marcaron el creciente protagonismo de las organizaciones obreras en la convocatoria, organización y desarrollo del conflicto obrero, manifestación del cambio social que se registró en España desde finales del siglo XIX a los años treinta. Distintas estrategias de acción se desarrollaron desde los postulados del socialismo —UGT— y del anarcosindicalismo —CNT—. Conflicto social que fue acompañado y se solapó con el conflicto político, conforme la crisis del sistema de partidos de la Restauración se acentuó hasta su crisis

final con la dictadura de Primo de Rivera, y la emergencia de un nuevo sistema de partidos, vinculado a la sociedad y democracia de masas, en vías de cristalización durante la II República, donde la polarización política de los años treinta, presente en toda Europa, adquirió un creciente protagonismo.

A lo largo de los distintos capítulos, los autores, reconocidos especialistas en las materias de las que se ocupan, tratan el cambio y transformación social que se produjo en España desde el último tercio del siglo XIX hasta 1936, periodo que contempla el complejo y conflictivo paso de la Europa burguesa de los partidos de notables a la sociedad de masas, dominada por la emigración campo-ciudad, la acelerada expansión de la sociedad urbana y la industrialización, una dinámica a la que España no fue ajena. Un proceso de transformación económica, social, política y cultural que encontró su traducción en las dinámicas de cambio y conflicto que recorrieron los distintos territorios, desde los grandes núcleos urbanos de Madrid y las industriales Barcelona y Vizcaya a las ciudades andaluzas, pasando por las ciudades gallegas y las ciudades del interior peninsular, con sus características propias derivadas de su estructura económica y social y de las tradiciones y procesos de socialización política. El proceso de cambio y conflicto social reflejó la transición de la sociedad del siglo XIX a la sociedad de masas del siglo XX, en la que la sociedad urbana con sus nuevas demandas y necesidades tuvo un protagonismo decisivo en la agenda social y política del país en un contexto europeo del que España formó parte.

Esta obra no habría sido posible sin la acogida que desde su inicial diseño encontró en la editorial Comares, a través de Miguel Ángel del Arco, quién desde el principio mostró su interés por ella. Una obra directamente derivada de sendos proyectos de investigación vinculados del Plan Nacional de I+D bajo los títulos «*La sociedad urbana en España, 1860-1983. De los ensanches a las áreas metropolitanas, cambio social y modernización. Proyecto Coordinado*», PGC2018-096461-B-C41, Investigador Principal Luis Enrique Otero Carvajal, y «*La transformación de la sociedad urbana en Andalucía. Inmigración, trabajo y cambio social (1860-1930). Proyecto Coordinado*», PGC2018-096461-B-C44, Investigador Principal David Martínez López, del Programa estatal de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico del Sistema de I+D+I, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, la Agencia Estatal de Investigación y la Unión Europea —Fondo Europeo de Desarrollo Regional.

LUIS ENRIQUE OTERO CARVAJAL
Universidad Complutense de Madrid

DAVID MARTÍNEZ LÓPEZ
Universidad de Granada

CAPÍTULO I
EXPANSIÓN URBANA Y CONFLICTO SOCIAL EN ESPAÑA, 1890-1936

Luis Enrique Otero Carvajal
Universidad Complutense de Madrid
David Martínez López
Universidad de Granada

I. MOTINES, HUELGAS Y MOVILIZACIÓN POPULAR EN EL PERÍODO INTERSECULAR

En las últimas décadas del siglo XIX el crecimiento de la población urbana se aceleró en España gracias a la inmigración de campesinos pobres. Al finalizar la centuria, a consecuencia de dicho flujo migratorio, las principales ciudades del país habían visto como sus límites se desbordaban, sus mercados laborales crecían y el hacinamiento se convertía en un creciente problema social.

La precariedad del trabajo y el pauperismo eran las notas dominantes de amplios sectores de las clases trabajadoras de las ciudades en la España de finales del siglo XIX. Las transformaciones de la producción manufacturera —con la creciente introducción de máquinas—, la competencia del trabajo a destajo y a domicilio y la presión de la mano de obra descualificada procedente de la emigración del campo a la ciudad contribuyeron al deterioro de la producción artesanal y a la precarización del mundo del trabajo.

Simultáneamente, el crecimiento de la población urbana se tradujo en el agravamiento de los problemas de hacinamiento de unas ciudades en continuo crecimiento, ya que la liberación de suelo urbano por los procesos desamortizadores no fue suficiente para alojar a la población migrante del campo a la ciudad. Los intereses de los propietarios inmobiliarios, reacios a romper los límites de la ciudad tradicional, no pudieron impedir que las costuras de la vieja ciudad terminaran por estallar y que los arrabales crecieran, agravando los problemas de insalubridad e inseguridad social, puestos de manifiesto en los embates epidémicos del cólera de 1833-34, 1855, 1865, 1885 o 1893. Hacinamiento, insalubridad e inseguridad social terminaron por vencer las resistencias a poner en marcha ambiciosos proyectos de ensanche, guiados por los postulados del nuevo urbanismo de Cerdá y Castro. La reforma urbana, expandida por la mayoría de las capitales y ciudades del país, generó una ocasión de oro para los negocios vinculados a la promoción inmobiliaria, y dio lugar a una importante oferta

de trabajo que atrajo a miles de inmigrantes que desde el campo se instalaron en los barrios bajos y los arrabales de unas ciudades en expansión.

Los desequilibrios laborales, residenciales y sanitarios provocados por la aceleración del crecimiento urbano, encontraron una creciente expresión en los recurrentes estallidos de cólera popular que alarmaron a los habitantes de los centros y barrios acomodados y dieron lugar a la llamada *cuestión social*, expresión de la creciente preocupación de los poderes públicos por el desorden social, ante la progresiva implantación e influencia del movimiento obrero, organizado en la Internacional —Asociación Internacional de Trabajadores, AIT— fundada en Londres en 1864.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX tres fueron los grandes motivos de la protesta social: las quintas, las subsistencias y el impuesto de consumos. Los tres afectaban directamente al frágil equilibrio de la subsistencia familiar. Y todas ellas se expresaron fundamentalmente a través de un patrón común, el motín, una manifestación fundamental del repertorio de la protesta social que se mantuvo en las dos primeras décadas del siglo XX.

Los motines de quintas tenían su razón de ser en la impopularidad del servicio militar, de varios años de duración, por el riesgo de ser enviado a ultramar, morir por la guerra o la enfermedad, y la desigualdad en su aplicación. Desde su creación en 1837 —en el contexto de la primera guerra carlista— la incorporación a quintas fue un factor de fuerte malestar social en las clases populares. El alistamiento por el sistema de quintas, que conllevaba un alto coste económico y social para las familias con menos recursos, fue una fuente constante de la conflictividad urbana durante la segunda mitad del siglo XIX. Al acercarse el llamamiento a quintas los ánimos se caldeaban tras la publicación de las listas de mozos a sortear. Las amenazas, gritos, y arranque del bando de la alcaldía derivaban en numerosas ocasiones en encontronazos con los agentes municipales hasta desembocar en la concentración de grupos numerosos ante las puertas del Ayuntamiento, con una fuerte presencia de mujeres y jóvenes, que bajo los gritos de «¡Abajo las quintas!» terminaban con la rotura de las listas y de los instrumentos de tallaje, el asalto a las dependencias municipales con el fin de impedir el sorteo y, normalmente, la intervención de las fuerzas del orden —guardia civil y municipales—. El republicanismo hizo de la abolición de las quintas una de sus señas de identidad, sobre las que fundamentó su arraigo entre las clases populares urbanas.

El restablecimiento por la Restauración de la ley de quintas de 1856, tras los frustrados intentos de eliminarlas durante el Sexenio Democrático, y la represión del republicanismo llevaron a una disminución de los motines de quintas, pero no a la desaparición del malestar social que reapareció con fuerza tras el estallido de la guerra de Cuba de 1895 y culminó en la llamada Semana Trágica de Barcelona y el corolario de protestas provocadas en julio de 1909 por la llamada a filas de los reservistas de los cupos de 1903 a 1907 para hacer frente a la rebelión de las cábilas del Rif. La reforma

de 1912 del sistema de quintas no eliminó la desigualdad, puesto que los hijos de las clases pudientes continuaron beneficiándose, mediante el pago de una cuota para reducir la duración de la prestación.

Junto con las quintas, el impuesto de consumos fue una de las fuentes de malestar y contestación social más importante, de tal manera que los motines al grito de ¡Abajo los consumos! fueron moneda corriente de la protesta popular de la segunda mitad del siglo XIX. Los motines de consumos fueron la expresión del malestar contra un sistema fiscal que hacía recaer buena parte de la recaudación sobre el injusto sistema de gravar los artículos de consumo. La Contribución General de Consumos, una pieza fundamental de la reforma hacendística de Mon-Santillan en 1845 que gravaba los artículos de «*comer, beber y arder*» y que a menudo fueron gestionados por recaudadores privados, se convirtió en la principal fuente de ingresos de las corporaciones locales durante la segunda mitad del siglo XIX.

Al igual que sucedía con los motines del pan o los de quintas, los motines contra los consumos tenían un ritual que se repetía a lo largo de la geografía peninsular y del tiempo. El conflicto solía iniciarse con la agudización del permanente enfrentamiento con los encargados de los fielatos a la entrada de las ciudades —puestos de cobro del impuesto de consumos—, una trifulca por la negativa a pagar, por la persecución del *matuteo* —contrabando— y la negativa a reconocer la autoridad de los contratistas, o ante la subasta del impuesto derivaba en concentraciones de personas —sobre todo mujeres y niños— acompañadas de gritos, insultos y a veces quema de documentos fiscales y pedradas. La intervención de los agentes de la autoridad, con carreras, heridos y detenidos, alimentaba la ira popular y el tumulto; caldeados los ánimos, la multitud, bajo el amparo del anonimato, asaltaba los fielatos, casas de consumos o haciendas de los recaudadores, hasta la llegada de refuerzos del ejército para reimponer el orden. La oposición al impuesto encontró apoyo en progresistas y demócratas entre 1846 y 1868, posteriormente el republicanismo hizo de su eliminación una de las banderas reivindicativas que más apoyo popular le granjeó en las ciudades.

A lo largo del último cuarto del siglo, las crecientes necesidades financieras de unos ayuntamientos sobre los que recaía buena parte de la acción del estado —en construcción y mantenimiento de infraestructuras, beneficencia, sanidad...— hicieron que los ayuntamientos recurriesen de forma creciente a tan impopular impuesto, hasta alcanzar más del 63% de los ingresos municipales en 1905, provocando la agudización del malestar social y el repunte de los motines contra los consumos; sobre todo a partir de 1890, cuando la reimplantación del sufragio universal masculino abrió las puertas de las corporaciones locales de las grandes ciudades a republicanos y socialistas. Así, entre 1880 y 1905, los motines contra los consumos se prodigaron por muchas ciudades y territorios del país; desde Asturias a Murcia, pasando por las ciudades andaluzas y extremeñas hasta llegar a las gallegas, los motines se prodigaron, conformando una de las expresiones más notables de la protesta social urbana.

Si el alistamiento militar privaba temporal o definitivamente de una vía de ingresos a los presupuestos domésticos y los consumos penalizaban fiscalmente las frágiles economías familiares de las clases populares, los súbitos encarecimientos o las carestías de subsistencias, recurrentes a lo largo del ochocientos, desembocaban con frecuencia en motines cuando se combinaban con coyunturas económicas y laborales críticas, como sucedió en el cambio de siglo. Desde 1896 la subida de precios de los bienes de primera necesidad, en especial el trigo y el pan, por la combinación de varios factores, como las malas cosechas, la especulación en el mercado de granos, la política proteccionista, la depreciación de la peseta, y las crisis de trabajo, agravaron el problema de alimentación de las clases bajas provocando una crisis social que se tradujo en la oleada de motines de subsistencias entre 1896 y 1905. Así, la *cuestión de las subsistencias* se convirtió en una de las principales preocupaciones de las corporaciones locales en esos años.

La escasez, la adulteración y la subida del precio del pan, un producto básico en la austera dieta de las clases populares, fueron las causas más repetidas de los motines de subsistencias. El malestar social que provocaban las oscilaciones del mercado del pan desencadenaba con frecuencia motines, protagonizados por las mujeres, los niños y los jóvenes, y secundados por los hombres, que rápidamente se difundían por la ciudad. Los ánimos caldeados terminaban por dar lugar a aglomeraciones que dirigían su ira hacia los causantes del mal —acaparadores, comerciantes de granos, silos, molineros, tahoneros y panaderos—. La exasperación y el anonimato de la multitud propiciaba el asalto de silos, almacenes, tahonas y panaderías; manifestaciones de protesta que solían continuar con una marcha hacia el Ayuntamiento en demanda de la bajada del precio del pan, el fin de la adulteración y de la falta de peso. Habitualmente las autoridades municipales, para calmar los ánimos y restaurar la normalidad, prometían atajar el problema, mediante el reparto de pan, la compra de harina para fabricar pan y la presión a los productores para que bajaran los precios. Si la respuesta no era satisfactoria, la ira popular se dirigía hacia los alcaldes y concejales, con el fin de obtener el reparto y la bajada del precio del pan. En ocasiones, los tumultos eran objeto de intervención de las fuerzas del orden con los consiguientes heridos —en casos extremos algún muerto— y detenidos que agravaban y alargaban el conflicto, con un mayor despliegue de las fuerzas del orden —y la intervención del ejército en los casos más graves—, el reparto de pan, la bajada de su precio y liberación de los detenidos para poner fin a la revuelta. Las crisis de subsistencias se repitieron entre 1882 y 1905, y los motines se sucedieron a principios de la nueva centuria en varias ciudades andaluzas, en las provincias de Badajoz y Zaragoza, en Alcalá de Henares o en Valladolid, entre otros muchos lugares.

Las crisis de subsistencias y, en consecuencia, los motines del pan fueron reduciendo su cadencia en el primer tercio del siglo xx fruto de una multiplicidad de factores: desde la estabilización de los mercados de cereales, merced a la mejora de

las comunicaciones interiores y del comercio internacional de granos, que redujo la escasez de granos y estabilizó los precios —salvo el interregno provocado por la Primera Guerra Mundial con la alteración de los mercados y del comercio internacional—; hasta la elevación de los salarios —fruto de la presión obrera— y el cambio de la fiscalidad —con el erosión del impuesto de consumos a partir de la reforma fiscal de Villaverde de 1899 y posteriormente con su eliminación a partir de 1911—.

La respuesta de los poderes públicos ante los motines y protestas populares no fue unívoca. Las corporaciones locales —las más directamente afectadas por el malestar social—, respondieron a los motines de quintas, consumos y subsistencias con un patrón común desde el Sexenio Democrático: desactivar la protesta a través de concesiones temporales, incapaces de ofrecer una alternativa duradera a los problemas causantes del malestar y la protesta social. Respecto a las quintas numerosos ayuntamientos buscaron la forma de compensar el cupo de quintos mediante el pago correspondiente —a través del establecimiento de contribuciones extraordinarias—, en otras ocasiones mediante la suspensión del sorteo y su aplazamiento; pero, la guerra carlista y posteriormente la hispano—estadounidense de 1898 y la de Marruecos dificultaron la eliminación del sistema de quintas, por lo que la protesta se mantuvo hasta su abolición en 1912. En los motines de consumos la respuesta transcurrió por derroteros similares, las corporaciones locales en respuesta a los motines suspendieron su recaudación, presionaron a los arrendatarios del impuesto para su aplazamiento o trataron de disminuir su carga con el fin de aplacar la ira popular ante tan impopular impuesto, del que no podían prescindir por constituir la columna vertebral de sus maltrechas haciendas. Respecto a las crisis de las subsistencias, sobre todo las del pan, las autoridades municipales forzaron a rebajar el precio del pan y los comestibles y aumentar el suministro chocando en numerosas ocasiones con comerciantes y productores en un permanente tira y afloja en la fijación de precios tasados para preservar la paz social. Rebajas temporales que no solventaron los problemas del mercado de alimentos para unas clases bajas empobrecidas y permanentemente amenazadas por el pauperismo y la malnutrición, tal como denunciaron higienistas, reformistas, médicos sociales, republicanos y el movimiento obrero organizado en la España del cambio de siglo.

Cuando las concesiones y soluciones excepcionales no lograban calmar los ánimos ni desactivar las protestas, el temor de las autoridades —alcaldes, gobernadores civiles, gobierno— a que la protesta y el motín derivaran en disturbios de alcance mayor, llevaba al empleo de la fuerza. Así, la intervención de la Guardia Civil y el ejército no fue infrecuente, con la correspondiente secuela de muertos y heridos, así como de procesados y encarcelados —muchas de ellas mujeres por su claro protagonismo en la protesta social—, sobre todo en las localidades de mayor tamaño donde la presencia de los efectivos de la fuerza pública era mayor y donde el impacto de la violencia sobre amotinados y rebeldes alteraba en menor medida la convivencia que

en los municipios de menor tamaño. Pese a todo, la desactivación de la protesta por la represión desacreditaba a los representantes de los poderes públicos, a la vez que sembraba el rencor y la desconfianza hacia las instituciones y gobernantes.

El malestar de las clases populares urbanas no solo se expresó a través de los motines, la protesta callejera y las demandas a los alcaldes y los gobernadores civiles. En el último tercio del siglo XIX, desde la experiencia del Sexenio Democrático, la ascendencia del republicanismo y la expansión del anarquismo y del socialismo entre las clases trabajadoras impulsaron un proceso de organización y politización obrera que alteró el mundo del trabajo. La constitución por oficios de sociedades de socorro mutuo y de resistencia al amparo de la influencia del republicanismo y de anarquistas y socialistas pertrechó organizativa y económicamente a los trabajadores para enfrentarse a las coyunturas de paro o las luchas en defensa de mejoras salariales y laborales, a la vez que generó un espacio de relación social y construcción identitaria sobre la que se constituyó la clase obrera. Además, las prácticas del asociacionismo obrero y la llegada de la Internacional dotó de un mayor protagonismo a la huelga dentro del repertorio de la protesta popular.

El apoyo del republicanismo, particularmente de la corriente federal, a las demandas expresadas por los motines de quintas, de consumos y subsistencias, sintetizadas en los recurrentes gritos de ¡Abajo las quintas! ¡Abajo los consumos! explican en buena medida el arraigo del republicanismo entre las clases populares urbanas del fin de siglo, materializado en su irrupción en los ayuntamientos tras el restablecimiento del sufragio universal masculino a partir de 1890. Un republicanismo que enraizó en los barrios populares del último tercio del siglo XX, por su dilatada presencia en las calles a través de sus líderes locales, centros de reunión y prensa que les permitió establecer estrechas relaciones y vinculaciones políticas y culturales a través del acompañamiento de la protesta y de la conexión con el mundo y aspiraciones de los menestrales, crecientemente asediados por la *corrosión del mundo de los oficios* provocada por la primera industrialización y por la precarización del trabajo urbano fruto de la expansión de unos mercados laborales sometidos a los principios del liberalismo económico.

La pronta llegada a España de la Internacional, de la mano de Giuseppe Fanelli en 1868, dio lugar a la creación de la Federación Regional Española de la AIT en el Congreso Obrero celebrado en Barcelona en 1870. El desengaño por el fracaso de las promesas republicanas deslizó a una parte de obrerismo hacia las tesis de la Internacional. El bakuninismo propagado por Fanelli se manifestó en congreso de Barcelona y se extendió más allá de la industrial Cataluña, arraigando en el mundo urbano, en el campo andaluz, donde el jornalerismo constituía el reverso del latifundismo, el levante y, en menor medida, en Aragón, Extremadura, Castilla, Galicia y País Vasco.

La llegada de Paul Lafarge —yerno de Carlos Marx— a Madrid, procedente del París de la Comuna, decantó a los miembros madrileños de la Internacional por las tesis marxistas frente a las bakuninistas dominantes en Cataluña, Andalucía y el levante.

La sección madrileña fue expulsada en 1872. La fundación del PSOE el 2 de mayo de 1879 en una taberna de Madrid por integrantes de la Asociación del Arte de Imprimir, encabezados por Pablo Iglesias Posse, inició la singladura de la socialdemocracia en España, sus primeros núcleos se implantaron en Madrid, Asturias y el País Vasco. En 1888 se fundó la UGT en Barcelona, compartiendo el protagonismo de la actividad sindical con la CNT desde su constitución en 1910. La procedencia del núcleo fundador del PSOE y la UGT del mundo de los oficios en disolución marcó su práctica política y sindical durante los primeros años de vida.

El nacimiento escindido, entre bakuninistas y socialdemócratas, del internacionalismo obrero en el país no impidió que el anarquismo lograra una mayor implantación en el obrerismo español. A pesar de la persecución e ilegalización que el régimen de la Restauración desplegó sobre los anarquistas, su evolución organizativa —desde la Federación de Trabajadores de la Nación Española (1881), la Federación de Sociedades de Resistencia de la Región Española (1900), Solidaridad Obrera (1907) y finalmente a la constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (1910)— y táctica —de la «propaganda por el hecho» y «la acción directa» a la renuncia al terrorismo y a un sindicalismo apolítico (anarconsindicalismo) marcadamente pragmático— le granjearía una gran ascendencia entre el obrerismo y el campesinado durante el período intersecular.

El desarrollo del sindicalismo encontró su correlato en la organización de los empresarios y propietarios, desde la Liga Agraria, defensora del proteccionismo en defensa del sector cerealícola y de la bajada de la contribución territorial rústica y pecuaria, a la de propietarios urbanos, las Cámaras de Comercio e Industria, o la Liga de Productores. Las dos últimas confluyeron en el cambio de siglo en la fracasada Unión Nacional con marcados tintes regeneracionistas, bajo el liderazgo de Joaquín Costa y Basilio Paraíso, que impulsaron la revuelta antifiscal contra la reforma de Raimundo Fernández Villaverde. Sin duda, la organización patronal más antigua fue Fomento del Trabajo Nacional, fundada en Barcelona en 1889, a partir de la fusión del Instituto de Fomento del Trabajo Nacional y el Fomento de la Producción Española, que mantuvo duros enfrentamientos con el anarconsindicalismo barcelonés e impulsó el sindicalismo amarillista y el pistolerismo para enfrentarse a tiros con la CNT, con el apoyo del gobernador civil de Barcelona, general Severiano Martínez Anido, que utilizó al Somatén, los sindicatos libres y la ley de fugas para acabar con los dirigentes anarquistas.

La incorporación de la huelga como instrumento fundamental de la protesta obrera representó sin duda la expresión más trascendente de la movilización popular. Así, la huelga adquirió un creciente protagonismo tras el ciclo de protestas del cambio de siglo, conforme el sindicalismo socialista y cenetista y el PSOE se fueron imponiendo entre los trabajadores. Las nuevas condiciones económicas y sociales vinculadas a la segunda industrialización, unido a la expansión

de las ciudades, transformaron el marco de la acción social. La ocupación de la calle, las manifestaciones y las protestas compartieron protagonismo con los nuevos escenarios planteados por la nueva conflictividad surgida de una sociedad y una economía más compleja, donde los nuevos conflictos por el transporte y la vivienda, o por las condiciones laborales y salariales de unas clases trabajadoras más diversas —por la aparición y expansión de nuevos sectores productivos y la terciarización de la economía— y el reconocimiento de los sindicatos desempeñaron un papel creciente. Para los sindicatos la huelga se convirtió en la principal herramienta de la acción colectiva, a la vez que sus estructuras de funcionamiento se transformaban desde el sindicalismo de oficio al de industria, una dinámica que encontró en la huelga general de rama, localidad o nacional el instrumento desde el que articular la respuesta social a las condiciones laborales y salariales de las clases trabajadoras, con notables éxitos y también sonoros fracasos, cuyo balance se manifestó en la mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras urbanas y su creciente influencia política en la España del primer tercio del siglo xx. El mito de la huelga general se convirtió en el horizonte desde el que soñar con el nacimiento de una nueva sociedad igualitaria, un mito que se fortaleció con el triunfo de la revolución rusa de 1917.

Los tiempos estaban cambiando y las formas de la protesta social se acomodaban a dichos cambios. En los sucesos de la Semana Trágica se entremezclaron sin solución de continuidad los motines de quintas, de consumos y el anticlericalismo, las barricadas y las manifestaciones, con la interrupción del tráfico y las comunicaciones, la huelga y la insurrección. Las protestas de la denominada Semana Trágica de Barcelona se iniciaron con el rechazo al reclutamiento decretado por el gobierno de Antonio Maura para hacer frente a la rebelión de las cabilas del Rif marroquí, dando lugar a importantes manifestaciones de rechazo en Madrid, Zaragoza, Tudela y Barcelona, donde se registraron los incidentes más graves cuando embarcaban las tropas en el puerto el 18 de julio y la muchedumbre fue disuelta por las fuerzas del orden entre gritos contra la guerra de Marruecos. Lo que comenzó como un motín de quintas pronto derivó en crisis política, con el pronunciamiento de los diputados de Solidaridad Catalana, y social, con la convocatoria de huelga por parte de Solidaridad Obrera. A pesar de la prohibición del gobierno, los paros se iniciaron en el extrarradio con la quema de los fielatos, desde donde avanzaron hacia el centro de la ciudad y paralizaron la circulación de los tranvías. La Ciudad Condal quedó paralizada con la interrupción de los servicios públicos e incomunicada por ferrocarril y telégrafo. El motín convertido en revuelta se extendió por otras localidades catalanas, con particular gravedad en Sabadell, Mataró y Granollers, donde se establecieron juntas revolucionarias que proclamaron la República. El asalto a edificios públicos —ayuntamientos, comisarias...— y establecimientos religiosos se extendió. En Barcelona el asalto

y quema de edificios religiosos adquirió un marcado carácter anticlerical, seña de identidad del lerrouxismo. La llegada de refuerzos del ejército a partir del 2 de agosto puso fin a la revuelta. Los enfrentamientos se saldaron con más de setenta muertos, cientos de heridos y más de cien edificios incendiados. El gobierno conservador de Antonio Maura desató una fuerte represión con centenares de detenidos y procesados, casi dos centenares fueron condenados al destierro, 59 a cadena perpetua y cinco a muerte, el más destacado Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna, ejecutado el 13 de octubre de 1909. La represión dio lugar a una intensa campaña internacional de condena y terminó por desatar la caída del gobierno Maura, a la constitución de amplia coalición que agrupó al partido liberal a los republicanos e incluso al PSOE al grito de *Maura, no* y a un gobierno liberal encabezado por Segismundo Moret.

Todos los instrumentos y herramientas de la protesta social confluyeron en una semana que desembocó en una aguda crisis política en la que el movimiento obrero organizado de raíz anarquista cobró un notable protagonismo. El sindicalismo de orientación anarquista se reorganizó tras los acontecimientos de la Semana Trágica con la fundación de la CNT en 1910. La huelga como herramienta y el mito de la huelga general como momento fundacional de la revolución se convirtió en el ideario del anarquismo del primer tercio del siglo xx.

II. EMIGRACIÓN, CRECIMIENTO URBANO Y CAMBIO SOCIAL DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

El crecimiento de la población urbana de finales del siglo xix tuvo continuidad, con especial vigor, en el primer tercio del siglo xx. El crecimiento demográfico, la ampliación de la superficie edificada, la modernización de las infraestructuras y de los sistemas de transporte urbanos, y el dinamismo marcado por la segunda industrialización en las ciudades donde esta cuajó, entre otros factores, ampliaron extraordinariamente la oferta de trabajo en los servicios y en la construcción.

El dinamismo económico urbano y la ampliación del mercado de trabajo de principios de siglo impulsó una etapa de crecimiento demográfico inédito en el que la inmigración desempeñó un papel de primer orden por las elevadas tasas de mortalidad urbana. El hacinamiento, la malnutrición, la precariedad del trabajo y los salarios de miseria, panorama cotidiano de las clases bajas de las ciudades de fin de siglo, generaban un ambiente propicio para que las enfermedades epidémicas (el cólera, el tifus o la difteria) y las afecciones gastrointestinales y del aparato respiratorio, principales causantes de la alta mortalidad urbana que golpeaba especialmente a la población infantil. Las elevadas tasas de mortalidad de las ciudades españolas impidieron hasta 1918 o 1919 la consolidación de tasas de crecimiento vegetativo positivo en la España urbana.



Chozas existentes en la calle de Magallanes, núm. 19, solar.



Chozas existentes en el final de la calle de Meléndez Valdés.—Distrito de la Universidad, barrio de Vallehermoso.—Mortalidad del barrio, 26·54 por 1.000.

Imagen 1 y 2. *Chozas en Madrid en el ensanche norte, Chamberí. César Chicote, La vivienda insalubre en Madrid, 1914.*



Calle de Constanza.—Distrito de Buenavista, barrio de la Prosperidad.—Mortalidad del barrio: 33·16 por 1.000.



Calle de Hernani.—Distrito de Chamberí, barrio de Cuatro Caminos.—Mortalidad del barrio: 35·36 por 1.000.

Imagen 3 y 4. *Viviendas unifamiliares en el extrarradio del ensanche norte y este, César Chicote, La vivienda insalubre en Madrid, 1914.*



Imagen 5 y 6. *Corralas en el ensanche sur, Arganzuela, César Chicote, La vivienda insalubre en Madrid, 1914.*



Imagen 7. *Barcelona, chabolas en Somorrostro.*



Imagen 8. *Barcelona, barracas, Mogoria, años 20.*



Imagen 9. *Valencia, Cabañal años 20.*



Imagen 10. Valencia, calle las Balsas de Ruzafa.

Hasta fines de la segunda década del nuevo siglo el crecimiento demográfico urbano se sostuvo en la inmigración. Un flujo migratorio que partía de la crisis que atravesaron las agriculturas españolas y que se multiplicó exponencialmente a partir de 1900 con el inicio de la transición demográfica en el mundo rural. Una importante porción de los excedentes demográficos del mundo rural se dirigió a la ciudad. La mayoría de las ciudades crecieron hasta fines de la segunda década o principios de la tercera década gracias a este formidable flujo migratorio campo-ciudad.

El inédito crecimiento de la población urbana española durante el primer tercio del siglo xx impulsó una extraordinaria expansión urbana que se manifestaría de forma diversa. La expansión urbana y la metropolización de los grandes espacios urbanos de Madrid, Barcelona y Bilbao se vio favorecida por la ampliación de la movilidad interior, en la que confluyeron las crisis agrarias de finales de siglo y la creciente utilización de las redes de comunicaciones, que favorecieron la ampliación de las cuencas migratorias de las grandes ciudades de la España del primer tercio del siglo xx. La cuenca migratoria de Madrid, compuesta por la

población de la provincia, de las provincias limítrofes, de la meseta norte y la cornisa cantábrica, se amplió con la emigración procedente de Extremadura, el Levante y en menor medida de Andalucía. En Barcelona, a la tradicional migración de la provincia y del resto de provincias catalanas, se añadió la procedente de las provincias limítrofes de Aragón y del País Valenciano, a las que se incorporaron provincias más meridionales, como Murcia y Almería. En la metrópoli de la Ría de Bilbao, a la emigración procedente de la provincia, se unió con el despegue minero, industrial y portuario, la procedente de Cantabria y las provincias limítrofes de la Meseta Norte, con claro protagonismo de León y Burgos. En Valencia a la emigración de la provincia se incorporó la procedente de las provincias limítrofes del País Valenciano —Castellón y Alicante— y de la Meseta Sur —Albacete—. Las principales ciudades de Andalucía se alimentaron fundamentalmente de la emigración provincial, si bien Sevilla atrajo población de Extremadura y del resto de la región; y en la comarca de la vega de Granada se generó, con el trazado de una de las redes tranviarias más densas del país, una nueva área metropolitana. En Galicia la emigración rebasó las fronteras regionales con destino a Madrid y al extranjero —particularmente América Latina—, ante el menor efecto de atracción de sus ciudades por su menor dinamismo económico, salvo los casos de La Coruña, Vigo o el Ferrol. Procesos migratorios en los que desempeñaron un papel de primer orden las redes y relaciones familiares y de paisanaje.

Dentro de la trama urbana española destacó el intenso crecimiento registrado por Madrid, Barcelona, Bilbao, Córdoba o Zaragoza. La magnitud de los movimientos migratorios interiores y exteriores dio lugar a una reordenación de la distribución territorial de la población española, cuya expresión más acabada fue el estancamiento poblacional de Galicia y el menor crecimiento del interior peninsular, salvo la excepción demográfica de la metrópoli madrileña; el mayor dinamismo del litoral peninsular, con Cataluña a la cabeza, gracias a la metrópoli barcelonesa, y Valencia en el Levante; mientras en el norte destacaba la metrópoli de Bilbao, y Andalucía crecía gracias al dinamismo urbano liderado por Sevilla, Málaga, Granada y Córdoba. La expansión del espacio urbano, mediante la incorporación del extrarradio y los pueblos colindantes, puso en marcha procesos de metropolización en las principales ciudades del país, mediante la construcción de una red de transportes integrada, con la combinación de ferrocarril, tranvía, metro, autobuses y automóviles. Madrid y Barcelona superaron en los años treinta del siglo xx el millón de habitantes, mientras Valencia superaba los 300.000 habitantes, Sevilla los 225.000, y Málaga, Zaragoza, Bilbao y Murcia rebasaban los 150.000 habitantes (Tabla 1).

Tabla 1. *Población ciudades de + 50.000 habitantes según los censos de 1900-1930.*

<i>Provincia</i>	<i>Localidad</i>	<i>1900 Población de hecho</i>	<i>1930 Población de hecho</i>
Barcelona	Barcelona	533.000	1.005.565
Madrid	Madrid	539.835	952.832
Valencia	Valencia	213.550	320.195
Sevilla	Sevilla	148.315	228.729
Málaga	Málaga	130.109	188.010
Zaragoza	Zaragoza	99.118	173.987
Vizcaya	Bilbao	83.306	161.987
Murcia	Murcia	111.539	158.724
Granada	Granada	75.900	118.179
Córdoba	Córdoba	58.275	103.106
Murcia	Cartagena	99.871	102.518
Valladolid	Valladolid	68.789	91.089
Baleares	Palma Mallorca	63.937	88.262
Santander	Santander	54.694	85.117
Guipúzcoa	San Sebastián	37.812	78.432
Las Palmas	Palmas, Las	44.517	78.264
Oviedo	Gijón	47.544	78.239
Cádiz	Cádiz	69.382	75.769
Oviedo	Oviedo	48.103	75.463
Coruña, La	Coruña, La	43.971	74.132
Alicante	Alicante	50.142	73.071
Cádiz	Jerez de la Frontera	63.473	72.055
Pontevedra	Vigo	23.259	65.012
Melilla	Melilla	8.956	62.614
Santa Cruz de Tenerife	Santa Cruz de Tenerife	38.419	62.087
Murcia	Lorca	69.836	60.300
Almería	Almería	47.326	53.977
Madrid	Vallecas	10.128	51.767
Ceuta	Ceuta	13.269	50.614

Fuente: *INE, Censos de población.*

La emigración de los segmentos más pobres del campesinado y el dinamismo económico urbano vinculado a la segunda industrialización y la terciarización se conjugaron para alimentar en las ciudades un crecimiento demográfico inusitado. Un crecimiento que se nutrió fundamentalmente de la emigración hasta 1920 y que planteó a la mayoría de las ciudades el desafío de integrar residencial y laboralmente a un importante contingente de población foránea, en su mayoría campesinos y campesinas pobres.

La inserción laboral en la ciudad de la emigración rural en el primer tercio del siglo xx en general no implicó movilidad social. Ni la baja cualificación de los inmigrados ni los nichos de empleo que ofrecían las economías urbanas lo facilitaron. Fue una emigración mayoritariamente protagonizada por trabajadores procedentes del mundo rural y escasamente cualificados que se integraron en los escalones más bajos de la economía urbana. Los varones mayoritariamente como peones en la industria de la construcción, la minería o los centros fabriles, las mujeres mayoritariamente en el servicio doméstico, como trabajadoras descualificadas en la industria textil o en la amplia variedad de empleos femeninos de la economía informal urbana —desde el trabajo a domicilio a la costura o el lavado de ropa—, los niños y niñas como aprendices en el comercio tradicional o como sirvientas en los domicilios de las clases pudientes y de las ascendentes clases medias urbanas. Unas personas que llegaban a la ciudad, un espacio extraño y desconocido, en el que solían ser introducidas por familiares y paisanos quiénes les ofrecían alojamiento en sus modestos y, en muchas ocasiones, miserables alojamientos, y les daban entrada al complejo mercado laboral de la sociedad urbana. La circulación de la información a través del correo, el telégrafo y el ferrocarril propició la aceleración del movimiento del campo a la ciudad.

Pero, la inmigración no fue exclusiva de la población rural en busca de una oportunidad en los sectores descualificados de la economía urbana. También se produjo una inmigración de sectores cualificados en busca de mayores horizontes vitales, profesionales y patrimoniales. Elites locales rurales, normalmente con importantes patrimonios agrarios, que se trasladaban a las capitales de provincia a la búsqueda de mercados matrimoniales y oportunidades de negocio que facilitasen sus expectativas de reproducción social y económica ampliada, o al escape de entornos rurales cada vez más tensionados por el antagonismo social y la conflictividad campesina. Y elites provinciales que emprendían el rumbo hacia los grandes centros urbanos regionales, Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, Granada, Bilbao..., o hacia Madrid, capital administrativa, política y económica del país; o enviaban a sus vástagos a estudiar en las universidades del país, parte de los cuales terminaban recalando en la Universidad Central —la única con todas las disciplinas y con el privilegio de los estudios de doctorado—, donde entraban en contacto con la gran ciudad y la vida urbana moderna. La atracción de la ciudad moderna se tornaba irresistible para las nuevas generaciones de las clases pudientes de la sociedad española, alimentando una emigración cuyos horizontes vitales y condiciones de partida y asentamiento distaban de las de sus paisanos que emprendían la huida de sus territorios acuciados por el hambre y la necesidad.

La migración hacia las principales ciudades de las familias de las elites y las clases medias rurales atendió a las crecientes demandas de una administración del estado cada vez más compleja y de la economía de un país que se introducía por la senda de la segunda industrialización y la terciarización, y que demandaba miles de puestos de trabajo cualificados —abogados, ingenieros, técnicos, comerciales, gestores, médicos,

profesores, maestras, enfermeras...— tanto en las administraciones públicas como en el sector privado. Su presencia contribuyó a dinamizar las economías y las sociedades de las ciudades intermedias o los municipios centros administrativos, industriales o cabeceras de nodos regionales de comunicaciones.

La integración residencial de la población inmigrante en la sociedad urbana se realizó en un contexto de creciente segregación del espacio urbano. Frente a la ciudad tradicional, densamente poblada, donde el hacinamiento interclasista venía determinado por los estrechos límites de las murallas erigidas en épocas anteriores, la nueva ciudad burguesa de los ensanches rompió sus fronteras y puso en marcha el proceso de segregación horizontal del espacio urbano, que desplazó los arrabales a las nuevas periferias urbanas. Con el cambio de siglo, los extrarradios surgidos al calor de los ensanches fueron desplazados hacia las nuevas periferias de las metrópolis en construcción, en los límites de sus términos municipales y en los municipios limítrofes anexionados *de facto* o *de iure*.

A la ciudad llegaban los inmigrantes marcados por la incertidumbre de su presente y su inmediato futuro, pero no indefensos ni aislados socialmente. En los barrios bajos y en los arrabales les esperaban sus familiares y paisanos para introducirles en la vertiginosa vida urbana, tras ser recibidos en los populosos, ruidosos y ajetreteados andenes de las estaciones de ferrocarril. Eran poseedores de una cultura y una tradición forjada en el mundo rural, con sus sistemas de valores y sentido de la justicia —expresada en los motines y rebeliones rurales—, que se enriquecía y adaptaba al entrar en contacto con la cultura urbana de los barrios bajos y las clases populares urbanas, en un rápido proceso de mestizaje, facilitado por las redes de relaciones familiares y de paisanaje alimentadas desde el pasado por la movilidad campo-ciudad, que les integraba en los espacios de sociabilidad y socialización de las clases populares urbanas.

Esta creciente segregación horizontal del espacio urbano tuvo consecuencias sociales, culturales y políticas. La composición social de los habitantes de los nuevos arrabales y extrarradios estaba mayoritariamente compuesta por trabajadores descalificados procedentes de la migración más reciente, por lo que sus lazos sociales, culturales y emocionales con la ciudad de llegada estaban por construir. En esos espacios nuevos habitados por personas recién llegadas las tradiciones políticas de la ciudad histórica eran frágiles o inexistentes. Un espacio a conquistar por las nuevas organizaciones obreras —PSOE, UGT, CNT, PCE— frente a aquellos espacios urbanos consolidados donde el peso de tradición urbana, de un mundo amenazado por la corrosión del mundo de los oficios y una memoria construida en las barricadas y los motines urbanos, había encontrado en el republicanismo popular su identidad cultural y política.

En las nuevas periferias urbanas las nuevas organizaciones obreras encontraron un espacio fértil en el que arraigar. Las fuertes desigualdades sociales, la precariedad y temporalidad del trabajo, los bajos salarios, los problemas de vivienda, alimentación,

salubridad, la creciente distancia entre lugar de residencia y lugar de trabajo de los barrios bajos y los nuevos arrabales de los extrarradios y municipios limítrofes de las ciudades en expansión alimentaron las protestas y la identificación, según los lugares y espacios, con el republicanismo popular, el socialismo o el anarcosindicalismo.

El avance del proceso de urbanización y el dinamismo de las economías urbanas desde 1890 incidió en la estructura ocupacional urbana. Dicho cambio tuvo diversas plasmaciones según el tamaño, el grado de industrialización, la conexión con el mundo rural o el rol de cada ciudad en la red urbana estatal o regional. Pero hubo un denominador común en las pautas del cambio ocupacional, al hilo del avance de la urbanización en el mundo del trabajo lo nuevo adquirió cada vez mayor dimensión sin que lo antiguo se desvaneciera.

Las nuevas ocupaciones asociadas a la segunda industrialización y a los nuevos sistemas de comunicación y transporte, a la ampliación y la modernización de los servicios urbanos, a las nuevas formas de consumo y sociabilidad, y a las crecientes necesidades de la administración pública y privada, modernizaron la estructura ocupacional urbana. A la vez, perduraron muchas de las ocupaciones que habían sostenido el mundo del trabajo decimonónico. Los trabajadores del transporte a sangre mantuvieron su presencia donde las nuevas formas del transporte no llegaban. La producción artesanal, en retroceso general, se adaptó en algunos casos a tareas de mantenimiento o reparación —como sucedió con los zapateros—. Los trabajadores relacionados con la construcción conformaron un grupo aún más numeroso. Los dependientes del pequeño comercio y de los establecimientos tradicionales de restauración (cocineros, taberneros, camareros, etc.) continuaron representando un importante grupo del sector servicios. El servicio doméstico, ya casi totalmente feminizado, creció en la mayor parte de las ciudades. Y el jornalero urbano mantuvo un importante peso en la mayoría de las ciudades donde la terciarización y la construcción dominaban la economía.

Pese a todo, la modernización económica alteró la estructura ocupacional y dio paso a un mundo del trabajo más heterogéneo y complejo donde el trabajo jornalero contrastaba con el trabajo más estable de los obreros, donde el duro trabajo en la construcción distaba del amable y cada vez más abundante de los empleados de oficina, donde la disponibilidad horaria y ocupacional de las sirvientas nada tenía que ver con el desempeño de las trabajadoras especializadas de la enseñanza o la sanidad, donde la informalidad del trabajo ambulante y callejero se situaba en las antípodas del trabajo regulado de los tenderos y empleados del comercio moderno, y donde el estancamiento del trabajo autónomo y familiar de las pequeñas unidades productivas se compaginaba con el paulatino aumento de trabajadores por cuenta ajena.

En definitiva, el impacto de la urbanización y de la modernización sobre el mundo del trabajo urbano no tuvo un efecto socialmente homogeneizador, al contrario, en las primeras décadas del siglo xx la estructura ocupacional urbana no sólo se había ampliado sino que se había hecho más compleja.

De la complejidad de la sociedad urbana del primer tercio del siglo xx emergieron la clase obrera y la nueva clase media, grupos heterogéneos pero culturalmente cohesionados y dotados de comportamientos sociales y políticos específicos. Ambos fueron los grandes protagonistas de la sociedad de masas. La emergencia de la clase obrera no fue una mera transposición al campo sindical o político de una uniformidad social o laboral previa, puesto que la realidad laboral urbana de la época se caracterizaba por su heterogeneidad. Más bien fue fruto de un esfuerzo colectivo de construcción identitaria amparado en el discurso igualitarista y el esfuerzo societario desplegados por el republicanismo y el internacionalismo.

Evidentemente, la construcción cultural o de clase del obrerismo partió del mundo del trabajo, un ámbito de posiciones laborales y vitales diversas que, no obstante, compartía condiciones materiales de existencia y expectativas reproductivas comunes. La inseguridad y la precariedad laboral, las duras y largas jornadas de trabajo —generalizadas incluso tras la aprobación de las 8 horas en 1919—, la desprotección social, o la dificultad para equilibrar los presupuestos familiares —pese a los incrementos salariales de 1918-20 y 1931-33—, atravesaban la vida de las familias jornaleras y de muchas de los trabajadores manuales. Por otra parte, el problema de la vivienda, pese a los avances de los años 10 y 20, manifestado en la carestía de los alquileres y el reducido tamaño de los pisos y casas, continuó afectando a un amplio segmento de las clases populares como también lo hizo la infradotación de servicios educativos, sanitarios y de transportes en las nuevas barriadas de las periferias y extrarradios urbanos y metropolitanos.

Los discursos igualitaristas y emancipadores del republicanismo federal, del anarquismo y del socialismo se concretaron en un relato sobre el cambio social y político articulado en torno la cuestión social, es decir, sobre a las problemáticas laborales (jornada de trabajo, salarios, desempleo, transporte, etc.) y cotidianas (vivienda, sanidad, educación, etc.) del obrerismo urbano. La división del movimiento obrero entre el pragmático anarconsindicalista y el formalismo ugetista no impidió la unidad de clase. Puesto que dicho relato, sostenido por un lenguaje (la lucha de clases, la solidaridad, etc.), un imaginario (la clase obrera, la emancipación, la fe en el progreso, etc.), una escenografía —el 1.º de Mayo, las actividades propagandísticas de republicanos, anarquistas y socialistas realizaban (conferencias, mítines, fiestas, reuniones en los ateneos, etc.)—, por un tejido societario —urdido por el republicanismo y sobre todo por el sindicalismo ugetista y anarquista— y por un repertorio de lucha (la huelga, la negociación directa o institucionalizada, el sindicato unificado, etc.) compartidos, aportó identidad y cohesión a la clase obrera. La Casa del Pueblo, espacio de encuentro colectivo y de articulación y dialéctica de las distintas sensibilidades del obrerismo, y la huelga general, el instrumento mítico de la emancipación, probablemente fueron las máximas expresiones del poder de la clase obrera.

Si la emergencia de la clase obrera significó la culminación de un proceso que partía del último tercio del siglo xix, el cambio social aparejado a la modernización tuvo su máxima expresión en las nuevas clases medias urbanas. El desarrollo del nuevo sector

servicios y de las actividades de gestión y comercialización de una economía cada vez más compleja amplió la demanda de trabajadores no manuales. Miles de nuevos puestos de trabajo se crearon con la expansión de los sistemas y redes de comunicaciones, la aparición y desarrollo del moderno sistema bancario y financiero, la transformación del comercio, la aparición de nuevas actividades de ocio, las nuevas actividades de gestión, la aparición de nuevas empresas y sectores productivos relacionados con la segunda industrialización, la ampliación de las infraestructuras y el sector público o el desarrollo de la industria editorial y periodística. El crecimiento del trabajo no manual permitió la extensión de los mercados laborales a nuevos segmentos de la población femenina, con el desempeño de nuevos trabajos como maestras, secretarias, mecanógrafas, taquígrafas, telefonistas, que les permitieron acceder al mercado laboral de la economía formal. Este proceso fue decisivo para la aparición de nuevas generaciones de mujeres urbanas cuyos estilos de vida, mayores niveles educativos y ansias de autonomía e independencia chocaban con los roles tradicionales asignados a la mujer.

En fin, un cambio social que se expresó en la ampliación de unas nuevas clases medias urbanas, integradas por los sectores profesionales y técnicos, comerciantes, empleados públicos y privados cualificados, que vieron incrementar su número y sus ingresos y cuyos anhelos aspiracionales encontraron acomodo en la nueva sociedad de consumo que estaba naciendo en los años veinte. Un proceso al que no fueron ajenos los sectores más cualificados de una clase obrera organizada sindical y políticamente alrededor del partido socialista, que vieron en las mejoras salariales, los primeros pasos de las políticas de protección social, la reducción de la jornada de trabajo, la estabilidad laboral y la promoción profesional en las nuevas empresas vinculadas a la segunda industrialización y al nuevo sector servicios, una oportunidad para acercarse o incorporarse a las clases medias urbanas.

El impacto de esa multiplicación de empleados y trabajadores de cuello blanco, que en muchas ciudades siguió representando a un grupo relativamente pequeño de la sociedad, pero que en las ciudades con una economía más dinámica y de mayor tamaño incrementó su peso hasta equipararse en 1930 al de los jornaleros y trabajadores manuales no cualificados, iba más allá de su significado económico, puesto que transformó la vida cotidiana y las pautas de comportamiento social de los habitantes de las ciudades. Con el trabajador de cuello blanco y el obrero cualificado llegaba también una forma diferente de entender la vida y las relaciones sociales. Nuevos hábitos y actitudes ante el trabajo y el tiempo libre, nuevas expectativas y deseos ante el futuro y nuevas opiniones para gestionar el presente.

III. EL CAMBIO URBANO Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

La expansión del conflicto social en las ciudades españolas del primer tercio del siglo xx alcanzó su cenit en dos momentos claves, el trienio 1918-20 y los años de la

II República, y fue protagonizado fundamentalmente por los y las trabajadoras. Pese al indudable hilo de continuidad entre ambos ciclos de conflictividad, los contextos en que se desarrollaron no fueron los mismos. El iniciado con el fin de la Gran Guerra, desarrollado en plena crisis del sistema liberal y entre las tensiones vinculadas a la emergencia de la democracia en el marco de unos mercados de trabajo desregulados y de un estado no democrático, la conflictividad obrera buscaba el recorte de la jornada, el paro y sobre todo los incrementos salariales, dos aspectos directamente vinculados a la subsistencia popular. La conflictividad del primer bienio republicano, que arrancaba de la desatada en los últimos años de la dictadura, desarrollada en un marco de relaciones laborales regulado y en un sistema político democrático, sin duda mantenía históricas razones socio-económicas, pero se veía alentada a su vez por el empoderamiento del sindicalismo de clase y las esperanzas abiertas por la democracia; además, el crecimiento y la diversificación de las economías urbanas durante la tercera década del siglo había hecho más heterogéneo y complejo el mundo del trabajo como igualmente había sucedido con la ciudad, por lo que las problemáticas se hicieron más diversas y complejas y, más allá de las estrictamente laborales que seguían marcando la pauta, los problemas relacionados con la vivienda y las infraestructuras urbanas, con la educación y la sanidad, o con los transportes, se manifestaron con más intensidad.

En efecto, gracias al crecimiento de la economía española durante los años de la Gran Guerra y, sobre todo, a la movilización obrera del trienio 1918-1920 las clases populares alcanzaron dos conquistas fundamentales para la mejora de sus condiciones de existencia: el alza de los salarios y la reducción de los horarios laborales. La paulatina institucionalización de la jornada de ocho horas fue una conquista de este periodo, tras la huelga de *La Canadiense* en Barcelona en 1919, que para sorpresa de muchos empresarios no conllevó la destrucción del capitalismo, sino su fortalecimiento con la creación de nuevos mercados. Y los incrementos salariales de 1918-20 y 1931-33 lograron, amortiguar los devastadores efectos de la inflación sobre las economías de las clases populares (Tablas 2, 3 y 4) y superar los umbrales de subsistencia a amplios sectores de las clases trabajadoras urbanas.

Tabla 2. *Media de salarios diarios sectores en Madrid, 1905-1930.*

	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	1905	1930	Dif. %	1905	1930	Dif. %
A. No cualificados - Sin clasificar	2,49	6,21	149,2	1,49	2,96	98,1
B. Construcción y mobiliario	2,61	7,53	188,3	1,00	3,56	255,8
C. Metalurgia - Mecánica - Química - Electricidad	2,77	7,06	155,2	1,58	3,61	128,0
D. Transportes	2,83	7,27	157,2	1,56	5,53	254,1
E. Cuero y textil	2,31	5,91	155,6	1,35	2,62	94,2

F. Procesado de alimentos, bebidas y tabaco	2,54	7,73	204,8	1,33	4,23	219,2
G. Comunicación y cultura	2,71	7,24	167,2	1,10	4,17	278,8
H. Otros	3,05	6,52	114,2	1,40	2,44	74,5

Fuente: Vicente Albarrán, F, «Los trabajadores manuales en el Madrid del primer tercio del siglo XX», en Beascoechea Gangoi, J. M. Y Otero Carvajal, L. E. (eds.), *Las nuevas clases medias urbanas. Transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata, 2015, p. 109.

Los datos proceden de los padrones municipales de Madrid, 1905 y 1930, Archivo de Villa de Madrid, los salarios se expresan en pesetas, para obtener una muestra más representativa, se han sumado los casos que indicaban salarios mensuales (dividiendo el salario indicado entre 25) y anuales (dividiéndolo entre 300), contemplan a toda la población censada del Ensanche de Madrid y de buena parte del centro de la ciudad.

Tabla 3. *Índices de salarios nominales de Madrid, Barcelona, Vizcaya y media nacional, 1900-1936. base 1913 = 100.*

Año	Ayuntamiento de Madrid	La España Industrial SA	Minas de Vizcaya	Salario industrial medio	Salario efectivo nacional
1900	78,7	94,4	90,9		
1910	98,8	100,9	98,5		98,6
1914	100,6	99,0	100,0	103,0	107,5
1920	135,4	288,9	212,3	237,0	216,8
1930	209,2	292,8	230,8	242,0	247,6
1933	302,1	308,3	230,8	254,0	
1935	298,2	308,8	230,8		345,2

Fuente: CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (coords.) (2005), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, 2.ª ed, p. 1.224.

Tabla 4. *España. Índices del Coste de la Vida, 1910-1933.*

Año	Capitales	Pueblos	Madrid	Barcelona
		1909-1914 = 100	1914 = 100	1914 = 100
1910	98,4	101,9		
1915	113,8	117,1	108,0	108,0
1920	202,6	220,3	190,0	191,0
1925	179,9	198,2	189,0	176,0
1930	165,4	189,7	186,0	174,0
1933	163,4	183,0	180,0	167,0

Fuente: CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (coords.) (2005), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, 2.ª ed, p. 1.289.

Pero el incremento de la conflictividad y la movilización popular no sólo respondió a los problemas del mundo del trabajo y de la subsistencia popular, sino que también

lo hizo ante los nuevos problemas que generaba la expansión urbana. La ciudad estaba sufriendo un extraordinario proceso de cambio y el contexto de la protesta social se hizo más complejo.

El avance de la modernización urbana, especialmente intenso en las segundas y terceras décadas del xx, cambió la ciudad, a la vez que el contexto de la protesta social del cambio de siglo no fue el mismo que el de la conflictividad de los años 1818-20 o los años treinta.

Modernización urbana y nuevas expresiones de la conflictividad social

En el primer tercio del siglo xx la población urbana se vio afectada por dos transiciones muy relevantes, la demográfica y la de la alfabetización. La transición demográfica se inició en general a finales del siglo xix y supuso uno de los cambios demográficos y sociales más significativos.

Ambos procesos se relacionaron, aunque de forma distinta, en la movilización y la conflictividad social: el primero, la transición demográfica, fue resultado de los avances sanitarios y de la respuesta de las autoridades públicas a las reivindicaciones populares de mejora de las condiciones de vida en la ciudad; el segundo, la transición de la alfabetización, fue un importante agente de la movilización, al capacitar con habilidades lecto-escritoras básicas a las clases populares y por tanto facilitar su politización.

En 1900 la mortalidad infantil era superior en los núcleos urbanos a los entornos rurales, consecuencia de los problemas de hacinamiento, infravivienda, malnutrición, mala calidad y fraude de los alimentos, un sistema higiénico-sanitario muy precario y el déficit de las infraestructuras —agua y alcantarillado— en los barrios bajos y en los extrarradios de las ciudades. Una situación que fue mejorando de forma progresiva conforme se fue afianzando el cambio urbano. En los años treinta la mortalidad entre los niños menores de cinco años en los núcleos rurales superó la existente en las ciudades. A escala nacional, la mortalidad de los menores de cinco años se redujo del 43% de 1906 al 31% en 1932, sobre todo por la disminución de la mortalidad provocada por las enfermedades del aparato digestivo —diarrea, enteritis...— y del aparato respiratorio —bronquitis, neumonías...—. Otro tanto sucedió con la incidencia de las enfermedades infecto-contagiosas —viruela, sarampión, difteria, tos ferina, gripe...—.

Los avances médicos y sanitarios y las conquistas laborales de los trabajadores mejoraron las condiciones de vida de una parte significativa de la población, y disminuyeron progresivamente las tasas de mortalidad infantil y adulta. Un cambio en el que desempeñó un papel de primer orden la creciente actividad de los poderes públicos, especialmente municipales, para sanear las ciudades y desarrollar una infraestructura sanitaria que mejoró las condiciones de salubridad de la población urbana. Se crearon

nuevas instituciones como el Instituto de Puericultura, se fundaron nuevos hospitales, se rehabilitaron los existentes, se desarrolló una infraestructura sanitaria municipal alrededor de las Casas de Socorro, consecuentemente se crearon cientos de nuevos puestos de trabajo en el sector sanitario —médicos, veterinarios...— y miles de puestos auxiliares —enfermeras, matronas, practicantes...—, estos últimos con un marcado componente femenino. La transición demográfica se consolidó tras los efectos de la gripe de 1918-1919, cuando el crecimiento demográfico de las ciudades dejó de depender exclusivamente de las corrientes migratorias, para consolidar crecimientos vegetativos positivos —nacían más de los que morían—.

La caída de la mortalidad infantil y la neutralización de la epidémica, con la excepción mencionada de la gripe de 1918, impulsaron el crecimiento natural de la población urbana. La combinación de inmigración y crecimiento natural sustentaron la ampliación del tamaño demográfico de las ciudades españolas, a la vez que permitió un rejuvenecimiento de la población urbana. Cambios que tuvieron efectos ambivalentes puesto que por un lado estimularon el crecimiento de las economías urbanas y la ampliación de los mercados laborales, y por otro sometieron a una mayor presión a los grupos etarios más jóvenes de los mercados de trabajo.

La reducción del analfabetismo fue otro de los cambios más relevantes que experimentó la población urbana en el primer tercio de siglo. A fines de siglo XIX el elevado grado de analfabetismo de la población española separaba a España de los países más dinámicos de Europa. Las nuevas elites culturales y políticas —institucionistas y regeneracionistas, el republicanismo, los sectores reformistas del partido liberal, socialistas y anarquistas— y el grueso de la intelectualidad de la España del primer tercio del siglo XX interiorizaron la necesidad de renovar el sistema educativo como vía ineludible para el avance económico, social y cultural de la población.

Un consenso entre los sectores más avanzados de la sociedad española que penetraría en el sistema político de los notables a fines de la Restauración y que se dejaría notar especialmente durante la década de los años 20 cuando se realizó un esfuerzo en la construcción de escuelas y en la dotación de maestras y maestros todavía insuficiente pero que no obstante impulsó la alfabetización en España.

La aceleración del proceso de urbanización, la expansión de la cultura impresa y los avances de la sociedad de masas, con la creciente influencia del asociacionismo republicano y obrero —socialista, anarquista y católico—, y las crecientes exigencias educativas de los nuevos sectores y empresas vinculadas a la nueva cultura corporativa de la segunda industrialización impulsaron la alfabetización y la formación de la población adulta. La primera campaña estatal de alfabetización de adultos tuvo lugar en 1922. La reducción del analfabetismo fue liderada por la sociedad urbana, por la mayor dotación de escuelas y maestros en los mayores núcleos urbanos, y por la distinta naturaleza de la economía urbana frente la economía rural, ya que en esta última el ciclo agrario actuaba de potente motor del absentismo escolar en las fases

de la actividad agrícola en las que el trabajo infantil era habitual; mientras que la creciente demanda de formación en unas economías urbanas cada vez más complejas incrementó el interés por la educación (Tabla 5).

Tabla 5. *España, tasas de analfabetismo, provincias y capitales, 1900 y 1940.*

1900			1940		
	<i>Provincia</i>	<i>Capital</i>		<i>Provincia</i>	<i>Capital</i>
Madrid	36,75	30,33	Oviedo	11,22	3,61
Álava (Vitoria)	34,29	30,36	Palencia	6,47	3,70
Burgos	40,82	32,68	Ávila	21,13	5,99
Segovia	42,68	36,84	Soria	12,48	6,02
Vizcaya (Bilbao)	46,75	38,37	Navarra (Pamplona)	13,03	6,24
Santander	40,54	38,65	Álava (Vitoria)	10,39	6,92
Salamanca	50,93	38,84	Guipúzcoa (San Sebastián)	12,23	7,09
Valladolid	47,87	40,90	Vizcaya (Bilbao)	9,98	7,52
Guipúzcoa (San Sebastián)	46,26	41,22	Zaragoza	19,31	8,10
Cádiz	66,40	41,94	Madrid	14,19	8,49
Soria	46,97	42,11	Burgos	13,37	8,56
Palencia	40,45	43,35	Valencia	22,23	8,98
Zamora	51,73	44,83	León	17,08	9,07
Navarra (Pamplona)	44,60	45,26	Gerona	14,12	9,09
León	52,66	46,95	Salamanca	16,17	9,20
Oviedo	53,98	47,00	Santander	9,68	9,28
Logroño	51,07	48,58	Segovia	15,46	10,75
Barcelona	54,18	49,00	Toledo	20,32	11,04
Guadalajara	57,00	49,49	Logroño	17,16	11,01
Zaragoza	65,67	50,21	Lérida	18,30	11,24
Ávila	64,93	51,22	Barcelona	13,77	11,31
Sevilla	66,95	52,44	Guadalajara	22,12	12,26
Tarragona	70,19	53,54	Valladolid	17,90	12,67
Toledo	61,80	55,20	Coruña, La	30,32	13,21
Huesca	59,11	57,08	Huesca	21,49	13,32
Gerona	72,16	57,98	Baleares (Mallorca)	24,41	14,61
Valencia	74,79	59,08	Orense	28,38	14,67
Córdoba	74,55	59,14	Teruel	26,14	15,99
Badajoz	75,27	60,17	Zamora	21,93	16,15
Huelva	64,55	60,18	ESPAÑA	27,56	16,23
Teruel	69,28	62,90	Tarragona	24,42	16,44
Cuenca	70,46	63,03	Cádiz	34,28	20,04

1900			1940		
	<i>Provincia</i>	<i>Capital</i>		<i>Provincia</i>	<i>Capital</i>
Santa Cruz de Tenerife		63,07	Sevilla	35,67	20,24
Alicante	75,72	63,31	Cuenca	39,92	20,48
Cáceres	67,97	64,28	Lugo	28,54	20,72
Coruña, La	71,00	65,41	Pontevedra	29,86	23,66
Ciudad Real	74,92	65,49	Alicante	36,54	25,03
Lérida	64,69	65,61	Granada	43,67	25,05
Lugo	68,81	65,69	Cáceres	40,92	27,52
Málaga	78,06	65,85	Huelva	38,64	27,99
Orense	70,27	66,10	Ciudad Real	46,98	28,87
Baleares (Mallorca)	77,03	68,59	Badajoz	41,48	28,93
Albacete	77,62	68,69	Castellón	36,88	29,40
Granada	80,12	68,86	Córdoba	43,79	32,17
Pontevedra	68,94	70,00	Almería	41,56	34,20
Almería	79,77	72,67	Santa Cruz de Tenerife	45,44	34,35
Jaén	80,29	73,98	Málaga	43,60	34,59
Murcia	77,41	74,28	Las Palmas	41,41	36,10
Castellón	77,54	77,21	Jaén	48,09	37,83
Canarias (Las Palmas)	75,26		Albacete	48,96	37,89
			Murcia	52,63	56,04

Fuente: INE: Porcentajes de analfabetos por provincias y capitales censos de 1900, Anuario 1923-1924. *Censo de 1940. Estado V. Porcentajes de alfabetismo. Tomo III. Resúmenes por regiones. Los datos se refieren a la población total.*

Ciertamente el avance de la alfabetización urbana no fue uniforme. Presentaba grandes deferencias en función del género y de la clase social, y también según los territorios. El diferencial entre la alfabetización masculina y femenina, pese a mantenerse durante todo el primer tercio de siglo, tendió a reducirse. La estructura de clases de las ciudades determinaba asimismo la expansión de la alfabetización, ya que las familias más pobres o más vinculadas a la producción familiar se incorporaron más tarde y con menor intensidad a la transición de la alfabetización. Así, un gradiente norte-sur y oeste-este escalonaba diferencias muy notables, como ilustraba las elevadísimas tasas de alfabetización de las capitales vascas o las bajísimas de las capitales andaluzas orientales. No obstante, hacia 1930 la mayoría de las capitales de provincias se situaban en tasas de la alfabetización superiores al 66% y algunas se acercaban al 100%.

El avance de la alfabetización entre la población urbana tuvo efectos que tocaron a las economías y a la sociedad urbana. Por una parte, la mayor dotación de capacidades lecto-escritoras y contables básicas propició el crecimiento de ocupaciones

relacionadas con la mecanización o la modernización de servicios; ocupaciones que contribuían a un incremento de la productividad económica y que incorporaban una mayor remuneración y por tanto un mayor poder adquisitivo; cierto es, no obstante, que a menudo estos avances ocupacionales dependieron sobremanera de la propia estructura económica de la ciudad. Por otra, el acceso a la alfabetización de las clases populares significó también un enriquecimiento de su capital informativo, lo que en un período de fuertes antagonismos sociales repercutió en el fortalecimiento de su capacidad de negociación en los mercados laborales, en las instancias políticas y también facilitó la politización de las mayorías.

Empero, la población urbana durante el primer tercio del siglo XX no solo se vio conmovida por estas dos trascendentales transiciones, sino que además tuvo que encarar un nuevo haz de desafíos y problemáticas relacionados con las crecientes necesidades residenciales y la reconfiguración del espacio urbano. La densificación de los viejos barrios, el crecimiento de los ensanches y la expansión regulada o espontánea de las periferias requirieron de un conjunto de infraestructuras (el abastecimiento y tratamiento de aguas, la eliminación de basuras o el alumbrado), a menudo reivindicadas por la movilización popular, que mal que bien fueron paulatinamente resueltas por las autoridades y por el sector privado. Pero dos de los nuevos problemas o desafíos, tanto por su importancia sobre las condiciones de vida y trabajo de las poblaciones urbanas como por su incidencia económica, territorial y social, destacaron sobre los demás: el problema de la vivienda y la cuestión de la movilidad urbana. Ambos generaron protestas y movilizaciones, ambos debieron ser afrontados por los poderes públicos o por las iniciativas privadas y ambos transformaron radicalmente el paisaje urbano.

El hacinamiento de los barrios bajos y de los edificios de rentas bajas del centro de las grandes ciudades, unido a la proliferación de la infravivienda en los arrabales de los ensanches, focos de insalubridad, pandemias y desataron una creciente alarma social. La presión de un incipiente movimiento obrero cada vez más organizado, del republicanismo y del reformismo social terminó por cristalizar en la formación de la Comisión de Reformas Sociales, creada en 1883 para estudiar las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera. Sus trabajos derivaron en la fundación en 1903 del Instituto de Reformas Sociales, uno de los temas de los que se ocupó fue la situación y condiciones de la vivienda obrera, que terminó por dar lugar a la promulgación de la Ley de Casas Baratas en 1911.

En Madrid proliferaron numerosas colonias residenciales al amparo de la legislación de Casas Baratas. Los terrenos sobre los que se desarrollaron las colonias, con cerca de 5.500 viviendas unifamiliares, fueron promocionados por los propietarios del suelo o por cooperativas que compraron el suelo, dando lugar a un suculento negocio, merced a las facilidades fiscales que contemplaba la ley y la construcción de las infraestructuras a cargo del Ayuntamiento. La mayoría de las colonias se situaron en la zona noreste de la ciudad, 19, y a distancia se situaban las cuatro que se desarrollaron en el noroeste, las tres del sureste y las tres del suroeste.

La Ley de Casas Baratas en Barcelona dio lugar a la construcción de nuevas promociones de viviendas. El movimiento cooperativo y el sector privado aprovecharon la nueva legislación para poner en marcha diversas iniciativas en Barcelona y las localidades de su entorno metropolitano. Entre 1911 y 1936 en Barcelona el movimiento cooperativo construyó unas 700 viviendas, el Patronato de la Habitación algo más de 2.300 y la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona unas 300. En 1936 había unas 32 cooperativas de viviendas. Un movimiento que se extendió a los municipios de Cornellá, Granollers, Manresa, Mataró, Lérida, Sabadell, Tarragona, Terrasa, Torelló, o Vilanova i la Geltrú.

En Bilbao la legislación de Casas Baratas encontró caldo de cultivo en los municipios limítrofes, con promociones de viviendas como las de Buena Vista, Nueva Aurora, Obreros Panaderos, u Obreros del Ferrocarril de Bilbao a Portugalete; en Baracaldo las promociones de Casas Baratas se expandieron en los límites externos de la localidad, en Portugalete, destacaron las promociones de Villa Nueva y el Progreso. En Valencia, la Caja de Previsión Social de Valencia también se involucró en la promoción de viviendas a través de la legislación de Casas Baratas.

La legislación de Casas Baratas y las promociones que surgieron a su amparo no lograron resolver el problema de la vivienda, un aspecto sustantivo de la cuestión social en la ciudad. De facto, la infravivienda no fue eliminada en la España del primer tercio del siglo xx y siguió acogiendo a un importante segmento de las clases populares. Varias razones explican la continuidad de una problemática social que determinará la vida en la ciudad hasta mediados de siglo. Una de ellas fue que la construcción de casas baratas y vivienda obrera siempre estuvo muy lejos de una demanda que creció exponencialmente. A su vez, las zonas más degradadas de los centros urbanos o de los antiguos extrarradios de las zonas de ensanche, salvo operaciones urbanas de gran envergadura como la apertura de grandes vías o ensanches interiores (Granada, Madrid, etc.), mantuvieron una parte considerable de la vivienda degradada, por el coste que suponía a una propiedad minifundista derribar unos edificios que ofrecían seguras rentas por unos alquileres modestos. Y otra razón fue que cuando la elevación de los precios del suelo y la revalorización de dichas zonas expulsó a la población histórica, su traslado y asentamiento desembocó en el surgimiento de nuevas zonas de infravivienda en los nuevos extrarradios.

En última instancia, las promociones construidas al amparo de la legislación de Casas Baratas fueron una alternativa residencial sobre todo aprovechada por sectores de las nuevas clases medias urbanas, integradas por profesionales liberales, empleados —públicos y privados— y trabajadores cualificados. Las iniciativas de cooperativas de trabajadores, de entidades de crédito o particulares estaban al alcance de los sectores con ingresos medios, a los que no llegaba la mayoría de los trabajadores descualificados que, aunque habían visto mejorar sus salarios, estaban condenados a buscar alojamiento en los nuevos extrarradios de los espacios metropolitanos. En 1925 las leyes de Casas Económicas y el decreto de 1927

de construcción de viviendas no hizo sino confirmar esta situación, al quedar limitado a aquellos trabajadores con un salario anual de 3.000 pesetas, cuyos límites fueron ampliados en las leyes posteriores, acentuando el perfil hacia las nuevas clases medias urbanas compuestas de empleados, profesionales, trabajadores cualificados y comerciantes. De tal manera, que la promoción y edificación de viviendas bajo la legislación de las Casas Baratas no solo no solucionó el problema de la vivienda, que siguió siendo escasa, cara y miserable, afectando gravemente a las condiciones de vida de las clases populares, sino que acentuó la desigualdad social en el acceso a este bien básico.

Una de las manifestaciones más relevantes del proceso de cambio impulsado por la sociedad urbana fue la intensificación de los flujos de información, mercancías y personas a través de la cada vez más extensa e integrada red urbana. Con el crecimiento de la economía española y la expansión urbana del primer tercio del siglo xx, la demanda de infraestructuras y servicios de comunicación y transporte se multiplicaron exponencialmente. La estructura radial de la red de comunicaciones y transportes —carreteras, ferrocarril, puertos, correos, telégrafos y teléfonos—, construida desde el siglo xviii en torno a Madrid, se expandió en forma de malla por la mayor parte del territorio para hacer frente a los cuellos de botella que amenazaban con estrangular los flujos de información, mercancías y personas por la saturación del centro de la red establecida en la capital. Por otra parte, las necesidades de transporte urbano, que se habían multiplicado exponencialmente en casi todas las ciudades con el crecimiento demográfico y espacial de la ciudad, impulsaron la rápida construcción de una densa red de infraestructuras de transporte. El resultado de ambos procesos, la generación de una densa y extensa red de comunicaciones y transporte en forma de malla y la construcción de una nueva infraestructura de transporte urbano, transformó el paisaje urbano y cambió el modo de vida de las gentes de la ciudad.

El crecimiento de la red de vía estrecha y la construcción de la red tranviaria desempeñaron un papel fundamental en esta transformación. La red ferroviaria de vía estrecha registró un crecimiento del 41,8% entre 1900 y 1930, su ampliación constituyó un factor de primer orden en la articulación de amplias regiones económicas y migratorias, particularmente en la cornisa cantábrica y la capacidad de atracción que sobre ella y la meseta norte ejerció la metrópoli bilbaína; otro tanto ocurrió con el desarrollo de los ferrocarriles catalanes y la metrópoli barcelonesa respecto a Cataluña, y Valencia y la zona levantina próxima. Y no sólo favoreció la intensificación de los intercambios mercantiles y el transporte de materias primas y productos manufacturados, sino también facilitó la movilidad regional y comarcal de sus respectivas cuencas migratorias.

Al iniciarse el siglo xx el tranvía iniciaba la sustitución de la tracción animal y de vapor por la eléctrica. El tranvía fue el medio de transporte urbano más popular, accesible a la mayoría de la población. El aumento de las necesidades de movilidad de la población y la estabilidad del precio de los billetes fueron factores decisivos en el uso masivo del tranvía como medio de transporte (Tabla 6).

Tabla 6. *Tranvías, 1910-1933.*

	1910	1926	1933 <i>Tranvías urbanos e interurbanos</i>	
	Viajeros tranvías eléctricos	Viajeros tranvías eléctricos	Viajeros	Longitud líneas kms
Madrid	79.218.124	180.921.889 **	212.419.000	133
Barcelona		39.783.563 ***	195.043.000	236
Valencia	15.453.047	51.519.346	57.800.000	86
San Sebastián	10.381.826	9.445.154	33.627.000	57
Sevilla	5.835.471	25.631.006	33.339.000	56
Bilbao	5.723.172*	19.634.699	24.005.000	112
Zaragoza	4.436.449		14.749.000	29
Vigo		10.063.898	12.063.000	60
Palma de Mallorca			10.881.000	50
Málaga	3.156.292	8.202.517	9.723.000	23
La Coruña	1.112.260 (1907)	6.973.531	8.491.000	25
Alicante		5.111.317	8.210.000	33
Santander	377.278 (1907)	6.292.643	5.910.000	28
Granada	1.817.396	4.524.602 (1924)	5.877.000	110
Las Palmas			4.402.000	8
Gijón	1.984.652	4.237.008	3.711.000	13
Cádiz	2.433.000	3.393.133	3.118.000	21
Cartagena	292.593	227.268	2.844.000	10
Ferrol			1.631.000	12
Santa Cruz de Tenerife			1.565.000	21
Pontevedra		1.140.598	1.136.000	12
Avilés	78.609	1.118.775	998.000	14
Castellón			925.000	38
Jaén			782.000	48
Pamplona			572.000	8
Total			653.821.000	1.243

* Los datos corresponden a 1907 y 1908 Tranvías Eléctricos de Bilbao 4.186.650 (1907) y *Tranvía Urbano de Bilbao* 1.536.522 (1908). ** Los datos corresponden a la *Compañía Madrileña de Tranvías para el ejercicio 1925-1926*. *** Los datos corresponden a *Tranvías de Barcelona (Tranvías de Barcelona a San Andrés y Extensiones)*.

Fuente: Enrique de la Torre, *Anuario de ferrocarriles y tranvías, 1910-1935*.

Las consecuencias económicas, territoriales, sociales y políticas del nuevo trazado de comunicaciones y transportes construido fueron de tal envergadura que marcaron un antes y un después en la historia de la ciudad. En términos territoriales constituyó

un factor de primer orden en los procesos de metropolización que arrancaron en el primer tercio del siglo xx en los principales núcleos urbanos del país. Sus efectos se dejaron sentir en la expansión urbana y el creciente dinamismo económico y social de las ciudades, su influjo se extendió a sus respectivas áreas de influencia, fueran estas urbanas o rurales, cuyas relaciones personales y mercantiles cada vez más estrechas con la gran ciudad les hacía llegar el eco de la gran transformación que la moderna sociedad urbana estaba protagonizando. En términos de movilidad, la conquista del espacio público por los nuevos sistemas de transporte reconfiguró la relación de los ciudadanos con la ciudad, puesto que la diferenciación de las calles y avenidas en aceras y calzadas transformó por completo el espacio urbano. Así, la construcción de una red de transportes integrada hizo que dejaran de ser *walking city*, es decir, ciudades abarcables a pie, para convertirse en *traffic city*, urbes organizadas sobre la base de extensas redes de transporte público y privado, imprescindibles para garantizar la movilidad interior en sus amplios perímetros metropolitanos. Además, la mayor velocidad de los nuevos sistemas de transporte —tranvías eléctricos, autobuses y automóviles— provocó numerosos accidentes, que generaron numerosas protestas de los vecinos con las compañías de transporte y las autoridades municipales. La calle se estaba transformando de un espacio dominado por los peatones a un espacio articulado por los sistemas de transporte urbano.

En términos laborales las consecuencias también fueron muy relevantes. Por una parte, el desarrollo de los nuevos sistemas de transporte constituyó una importante fuente de empleo público y privado, desde los ingenieros y técnicos municipales, a los guardias urbanos, pasando por los directivos, ingenieros, conductores, mecánicos, oficinistas y especialistas de las distintas compañías de transporte, que engrosaron las filas de las nuevas clases medias urbanas, de los empleados y de los trabajadores cualificados de las ciudades españolas del primer tercio del siglo xx. Por otra parte, la rapidez y la regularidad de la nueva movilidad mecánica, acompañada a los turnos horarios de empresas, fábricas y negocios, acentuó el disciplinamiento horario de los trabajadores, que veían cada vez más rígidamente compartimentada su jornada horaria, a la vez que la simultaneidad de los desplazamientos diarios entre sus barrios y centros laborales facilitaba las interacciones y el sentido de pertenencia física a la masa popular, y propiciaba la interacción y los intercambios de información y expectativas sociales o políticas de los trabajadores.

El trazado de los nuevos sistemas de movilidad también generó agravios comparativos entre los centros y barrios mejor conectados y las nuevas periferias urbanas donde llegaban más tarde, estaban infradotados o en el peor de los casos no llegaba el metropolitano o las líneas de tranvías y autobuses, o cuando lo hacía era de forma irregular e insuficiente. Los precios de las tarifas de unos sistemas de transporte que formaban parte ineludible de la jornada laboral generaron asimismo malestar social. De tal forma que la exigencia de nuevas líneas de transporte y el abaratamiento de las

tarifas se convirtieron en una reivindicación constante, sobre todo de las clases trabajadoras urbanas. Así, el conflicto por el transporte adquirió un creciente protagonismo, especialmente entre los residentes de los nuevos extrarradios.

Una expresión de esta nueva agenda ciudadana fue la aparición de las asociaciones de vecinos, como la creada en Madrid en 1919. Una cuestión que fue aprovechada por el republicanismo y el movimiento obrero organizado para expandir su influencia política y social, al convertir estas nuevas demandas en banderas de la acción social y política, en la que destacaron los socialistas para llegar a las corporaciones municipales, con una agenda municipal que les llevó al éxito en las elecciones municipales de 1905. En Madrid entraron como concejales por el distrito de Chamberí —el ensanche norte— Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y Rafael García Ormaechea. La presencia de republicanos y socialistas en las corporaciones municipales y la agenda política que llevaron consigo rompió el apacible transcurrir —solo alterado por los recurrentes motines de subsistencias— de la política de los notables en las corporaciones locales de la Restauración.

La modernización urbana y las mejoras salariales y de las condiciones de trabajo —la ley de descanso dominical de 1904, progresiva implantación de la jornada de 8 horas tras su aprobación en 1919...— logradas por la movilización obrera del trienio 1918-1920 cambiaron la vida de una buena parte de las clases trabajadoras, que salieron de la infame situación en la que se encontraban a comienzos de siglo, conforme *la cuestión social* fue objeto creciente de movilización social y política y de atención de los poderes públicos. No obstante, la pervivencia de un segmento de trabajadores precarizados, sometidos a los vaivenes del paro estacional y la presión cotidiana por cuadrar los presupuestos, el incumplimiento de la legislación laboral, y la continuidad del problema de la vivienda, así como las desigualdades y agravios comparativos que había generado el despliegue de la transición sanitaria y educativa o las mejoras sanitarias y de las infraestructuras urbanas, mantuvieron viva la cuestión social.

Las organizaciones sindicales, que habían sorteado en distintas circunstancias el tránsito por la dictadura de Primo de Rivera —la CNT en la clandestinidad y la UGT adaptada aunque domeñada por el sistema político—, impulsaron con fuerza desde fines de los años 20 y sobre todo durante el primer bienio republicano una nueva oleada de movilización obrera en defensa de unas clases populares que todavía estaban sometidas a unas duras condiciones de vida y trabajo. Una movilización, animada por los éxitos de la lucha obrera del trienio 1918-20 y por las esperanzas democráticas suscitadas por la II República, que no obstante se distinguía en contenidos, tácticas y reivindicaciones de las protestas del período intersecular y también de las del trienio. La incorporación de las reivindicaciones y de las expectativas de las nuevas clases medias, de las relacionadas con las distintas dimensiones de la modernización urbana (mejoras infraestructurales, educativas y sanitarias, etc.) y de las problemáticas pendientes, como las carencias en trabajo y salarios del jornalero urbano y los trabajadores manua-

les poco cualificados o como problema de la vivienda, redimensionaron la oleada de movilización y conflictividad de los años treinta, una conflictividad que en cualquier caso cabía entender al albur de los cambios traídos por el dinamismo económico y la modernización urbana de los años 10 y 20.

IV. El conflicto, la política y la sociedad de masas

Con el cambio de siglo el tiempo se aceleró conforme avanzaba la segunda industrialización, las ciudades se convertían en metrópolis y las masas irrumpían con creciente fuerza en el escenario social y político conforme el sufragio universal masculino se fue imponiendo. Una reforma electoral que inició el fin de la *política de los notables* y la aparición de un nuevo sujeto político, las organizaciones y partidos de masas, cuya primera y más acabada expresión se materializó en los sindicatos y partidos obreros.

En las elecciones al Congreso de 1903 los republicanos lograron articular una candidatura unitaria alrededor de Unión Republicana, impulsada por Nicolás Salmerón con la participación de Vicente Blasco Ibáñez y Alejandro Lerroux, con la que obtuvieron un notable resultado con 37 actas procedentes de los principales núcleos urbanos del país, frente a las 19 actas obtenidas en las elecciones de 1901. Su triunfo fue particularmente relevante en Madrid, Barcelona y Valencia, y en ciudades como Cádiz, Castellón, La Coruña, Granada, Lérida, Logroño o Palma de Mallorca. En Madrid el republicanismo mostró su fuerte implantación en los distritos populares de la capital, con la presentación de candidatos con fuerte arraigo en los mismos, para atraerse a la población del extrarradio acentuaron su programa social y buscaron la complicidad de los socialistas. Otro tanto ocurrió en Barcelona con la implantación del republicanismo popular liderado por Lerroux, de fuerte implantación en los barrios populares de la Ciudad Condal, y en Valencia bajo el liderazgo de Blasco Ibáñez, que conquistó la hegemonía política en la ciudad de Valencia entre 1901 y 1923. La negativa del PSOE a colaborar con las candidaturas de Unión Republicana le impidió acceder al Congreso y su presencia en el mismo se vio demorada hasta las elecciones de 1910, donde Pablo Iglesias obtuvo un escaño por Madrid en la candidatura Republicano-Socialista.

Los resultados del republicanismo en las elecciones de 1903 fueron el reflejo del creciente descontento de las clases trabajadoras y sectores de las clases medias urbanas con los partidos dinásticos sustentadores del sistema político de la Restauración. Una vez más la agitación universitaria desempeñó un papel en la coyuntura política, sobre todo en Madrid, Barcelona, Salamanca, Valencia y Zaragoza.

Una situación que no dejaría de agudizarse a lo largo del tiempo, manifestación de las transformaciones que estaba experimentando la sociedad europea del cambio de siglo ante la creciente incapacidad de la Europa burguesa frente al avance de la sociedad de masas, con la aparición de nuevos actores políticos y sociales, el más relevante de ellos el movimiento obrero organizado en sindicatos y partidos. La progresiva exten-

sión del sufragio universal, primero masculino y después también femenino, alteró los parámetros de funcionamiento de los sistemas políticos representativos, la *sociedad de masas* fue articulándose de manera progresiva a través de nuevas asociaciones, entre las que destacaron los sindicatos obreros y las organizaciones patronales, protagonistas del cada vez más preeminente conflicto entre capital y trabajo, y los partidos de masas, cuyas primeras manifestaciones fueron los partidos socialdemócratas y los nacionalpopulismos.

Así, en el primer tercio del siglo xx se asistió a una reconfiguración del sistema de partidos. La transición de la *política de los notables* del régimen de la Restauración a la democracia de masas de la II República se tradujo en la crisis política del sistema dinástico que desembocó en el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera de septiembre de 1923. En esa transición la sociedad urbana desempeñó un papel protagonista, tanto desde su dinámica social como de su expresión política. Algunos actores políticos, desde el republicanismo popular de raíz federal, se reciclaron a través de figuras carismáticas como Lerroux en Barcelona y Blasco Ibáñez en Valencia, en otros casos esta adaptación resultó fallida, como la procedente de los partidos del turno, ejemplificada en los fracasos de la propuesta reformista de Melquíades Álvarez o el *maurismo* desde el conservadurismo. A la vez que irrumpían nuevos actores políticos como el socialismo a través del Partido Socialista Obrero Español y el sindicato Unión General de Trabajadores, bajo el liderazgo de Pablo Iglesias, o el anarcosindicalismo a través de Solidaridad Obrera y desde 1910 la Confederación Nacional del Trabajo. A la emergencia y el creciente protagonismo del movimiento obrero organizado, se añadió la aparición de fuerzas regionalistas y nacionalistas que encontraron su espacio político desde la reivindicación de sus identidades culturales y nacionales, ante la incapacidad e insatisfacción del proceso nacionalizador encarnado por el conservadurismo y el liberalismo moderado a partir de una propuesta de fuerte carácter centralista.

En Cataluña el catalanismo cultural del Centre Català dio lugar en 1887 a la fundación de la Lliga de Catalunya, bajo el liderazgo de Enric Prat de la Riba, Francesc Cambó y Josep Puig i Cadafalch, que en 1891 impulsó la creación de la Unió Catalanista que estableció en 1892 el programa político del catalanismo en las bases de Manresa. Su expresión política fue la Lliga Regionalista bajo el liderazgo de Francesc Cambó. Frente al carácter conservador de la Lliga surgió en 1917 el Partit Republicà Català, bajo el liderazgo de Lluís Companys y en 1922 Francesc Macià fundó el partido independentista Estat Català, que en marzo de 1931 darían lugar a Esquerra Republicana de Catalunya, que agrupó el republicanismo catalanista popular durante la Segunda República.

En el País Vasco la defensa de los fueros fue el punto de partida de la formulación política del nacionalismo vasco. Su punto de arranque estuvo en la obra de los hermanos Arana, en especial de Sabino, de procedencia carlista y de un catolicismo integrista. Ante la llegada masiva de inmigrantes a Vizcaya de la mano de la industrialización,

Sabino Arana elaboró un discurso marcadamente etnicista y tradicionalista sobre el que sentó las bases políticas e ideológicas del nacionalismo vasco, que presentó en su obra *Bizcaya por su independencia* en 1892. En julio de 1895 se fundó el Partido Nacionalista Vasco, la unión con los liberales fueristas conocidos como *euskalerriacos*, liderados por el industrial Ramón de la Sota, abrió las puertas a sectores de la burguesía industrial vasca. Su influencia se dejó sentir en la entrada en el Ayuntamiento de Bilbao en las elecciones de 1899 con cinco concejales, en 1921 se produjo una escisión de los sectores más izquierdistas que fundaron la Acción Nacionalista Vasca, que en 1930 sufrió una importante crisis con la vuelta al PNV de una parte importante de su militancia. La refundación de ANV afirmó el laicismo y su aproximación a la socialdemocracia les alejaba del catolicismo y tradicionalismo del PNV, su implantación se situó sobre todo en Vizcaya, donde obtuvo sus mejores resultados en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 con siete concejales en Bilbao y cinco en Baracaldo.

En Galicia el republicanismo federalista del Sexenio desembocó en la fundación en 1890 de la Asociación Regionalista Gallega, encabezada por Manuel Murguía y Alfredo Brañas, y la creación de las Irmandades da Fala en 1916 con un marcado componente cultural en defensa de la lengua. La formulación política del galleguismo político se demoró hasta la creación en 1929 de la Organización Republicana Gallega Autónoma, liderada por Santiago Casares Quiroga, de carácter republicano, autonomista y de izquierdas, que impulsó la Federación Republicana Gallega que obtuvo un gran resultado en las elecciones constituyentes de 1931, donde con 15 diputados se convirtió en la primera fuerza de Galicia.

En Andalucía el sentimiento regionalista encontró una de sus expresiones más señaladas en las actividades del Ateneo de Sevilla, frecuentado por Antonio Machado Núñez y Mario Méndez Bejerano, pero la figura catalizadora del andalucismo fue Blas Infante con *El ideal andaluz* de 1915, que tomó cuerpo en la Asamblea de Córdoba de 1919. Su articulación se realizó a través de la creación de los Centros Andaluces, el primero en Sevilla en 1916. Su clausura durante la dictadura de Primo de Rivera dio lugar en 1931 a la fundación de la Junta Liberalista de Andalucía, que impulsó la elaboración de un Estatuto de Autonomía en 1936, abortado por el estallido de la Guerra Civil.

En la dinámica del conflicto social y del cambio político desempeñó un papel fundamental la sociedad urbana. Crecimiento demográfico, intensificación de los procesos migratorios del campo a las ciudades, reducción de las tasas de analfabetismo, expansión de la segunda industrialización, transformación de los mercados laborales, terciarización, consolidación de los partidos y sindicatos de masas, elevación de los niveles de vida, primera irrupción de la sociedad de consumo, nuevos hábitos y estilos de vida fueron algunos de los indicadores de la *gran transformación* que, con cierto retraso respecto a otras sociedades europeas, registró España durante el primer tercio

del siglo xx. Un proceso que se aceleró a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial y las oportunidades ofrecidas por la neutralidad española en el conflicto.

La alteración de los mercados y del comercio mundial por la Gran Guerra favoreció el crecimiento de la economía española a la vez que provocó notables problemas de abastecimiento y la carestía de los alimentos y el carbón, desatando una importante elevación de los precios entre 1915 y 1920.

La inflación de 1915-1920 terminó por desatar un ciclo de protestas que adquirió su mayor intensidad entre 1917 y 1920, con un claro protagonismo del movimiento obrero organizado bajo la dirección de los sindicatos CNT y UGT. En marzo de 1915 la UGT convocó una protesta contra la carestía que anticipó el paro general del 18 de diciembre de 1916 convocado por el PSOE, la UGT y la CNT, que tuvo un notable seguimiento y prefiguró la huelga general de agosto de 1917. A la dura represión desatada se unió la crisis de la conjunción republicano-socialista y su sustitución por la Alianza de Izquierdas en las elecciones de 1918. La persistencia de la inflación y la represión incrementó las protestas. Entre 1918 y 1920 la ciudad y el campo andaluz vivieron intensas jornadas de protestas bajo el liderazgo anarcosindicalista, mientras en Barcelona el enfrentamiento entre la CNT y la patronal se recrudeció tras la huelga de La Canadiense —febrero-marzo de 1919— con el recurso al pistolero.

El movimiento huelguístico de 1917-1920 dio como resultado la aprobación de la jornada laboral de ocho horas, la implantación del retiro obrero en 1919, la creación del Ministerio de Trabajo en 1920, el reconocimiento de la negociación entre sindicatos y empresarios —que se sustanciaría durante la dictadura de Primo de Rivera en los comités paritarios y en la II República con los jurados mixtos— e importantes subidas salariales que compensaron los incrementos de precios sobre todo entre los trabajadores urbanos, y que se sumaron a la ley de descanso dominical de 1904 y la creación del Instituto Nacional de Previsión en 1908. Fueron años en los que el sindicalismo de la CNT y la UGT se consolidó entre las clases trabajadoras, con una desigual distribución territorial en la que el anarcosindicalismo de la CNT se asentó con particular fuerza en Cataluña y Andalucía y el socialismo de la UGT en Madrid, Asturias y el País Vasco. Un sindicalismo que aglutinó a trabajadores descualificados y cualificados de la construcción, la industria y la minería, pero que penetró también con fuerza entre los empleados de las administraciones públicas, los servicios públicos —de gestión pública o privada—, el sector servicios (banca, comercio, electricidad y transportes) y entre los jornaleros agrícolas. Un dominio sindical que alcanzó su cénit durante la II República, síntoma y expresión de los avances de la sociedad de masas en la España de los años treinta, en concordancia con lo que sucedía en Europa.

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 reflejaron la transformación del mapa político español. El triunfo de la Conjunción Republicano-socialista en los principales centros urbanos del país expresó la magnitud y profundidad de las transformaciones protagonizadas por la sociedad urbana. La vieja política de los partidos del

turno había naufragado en el golpe de estado del general Primo de Rivera, su dictadura arrastró a la monarquía, y la realidad social y política se desarrolló bajo los parámetros del avance irresistible —movilización popular que recorría las avenidas, plazas y calles del país—. La proclamación de la Segunda República y el proyecto reformista que encarnaba trató de ser la respuesta en el plano político a la bancarrota del sistema político de la Restauración, y la respuesta en los planos económico, social y cultural a la intensificación del cambio experimentado por la sociedad española en el primer tercio del siglo xx. La Conjunción Republicano-socialista conquistó 37 alcaldías de las capitales de provincia frente a las ocho de la Coalición monárquica y las tres de Esquerra Republicana de Cataluña, en Vitoria y Pamplona triunfaron los jaimistas, donde tras la proclamación de la República se repitieron las elecciones el 31 de mayo y se impusieron sendas candidaturas republicanas.

En el plano sindical esta *gran transformación* se materializó en la oleada de huelgas de 1931-33 y en el plano político en la explosión del sistema de partidos de la Restauración, incapaces de adecuarse a los cambios asociados al avance de la segunda industrialización y la irrupción de las masas al primer plano de la acción política a través de los sindicatos obreros, las asociaciones y agrupaciones ciudadanas y los partidos de masas. La evolución electoral de unos y otros confirma el desmoronamiento del sistema de partidos de la Restauración canovista y la emergencia y consolidación de los nuevos partidos y agrupaciones políticas que protagonizaron el sistema de partidos de la II República. El periodo que media entre las elecciones de 1891 y las de febrero de 1936 reflejan con nitidez la profundidad del cambio político acaecido al calor de la emergencia de la sociedad de masas.

El republicanismo no logró solventar sus múltiples divisiones y salvo coaliciones temporales no fue capaz de construir un partido de masas consistente, el Partido Radical de Lerroux fue la experiencia más cercana, su caudillaje populista terminó naufragando en el escándalo del estraperlo, mientras el liderazgo de Azaña no tuvo tiempo de cristalizar por el estallido de la guerra civil. Fue el PSOE el partido que desde su fundación en 1879 más éxito tuvo, convertido en los años treinta en el gran partido de masas a escala nacional, mientras en Cataluña y País Vasco las fuerzas nacionalistas —ERC y PNV— se consolidaban como fuerzas políticas con fuertes anclajes sociales en sus respectivos territorios. La derecha tuvo dificultades para encontrar acomodo en el nuevo régimen republicano, la nostalgia por la monarquía y los viejos privilegios y la atracción del corporativismo de influencia fascista dificultaron su consolidación, aunque el liderazgo de Gil Robles pareció concitar tras de sí una amplia coalición —la CEDA—, no tuvo tiempo de consolidarse por el golpe de Estado del 18 de julio de 1936.

NOTA

Este texto forma parte de las actividades vinculadas a los proyectos de investigación «*La sociedad urbana en España, 1860-1983. De los ensanches a las áreas metropolitanas, cambio social y modernización. Proyecto Coordinado*», PGC2018-096461-B-C41; y al proyecto de investigación «*La transformación de la sociedad urbana en Andalucía. Inmigración, trabajo y cambio social (1860-1930). Proyecto Coordinado*», PGC2018-096461-B-C44, del Programa estatal de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico del Sistema de I+D+I, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, la Agencia Estatal de Investigación y la Unión Europea —Fondo Europeo de Desarrollo Regional.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIERO, M. L. (1984), «Los motines de subsistencias en España, 1895-1905», *Estudios de Historia Social*, 30, pp. 193-250.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.) (1989), *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931*, 2 vols. Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid.
- BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E. (1993), *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: 1700-1936*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente.
- BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E. (2002), *Las telecomunicaciones en España. Del telégrafo óptico a la sociedad de la información*. Salamanca, Ministerio de Ciencia y Tecnología.
- BEASCOECHEA GANGOITI, J. M.; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. (eds.) (2006), *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Bilbao, UPV/EHU.
- BEASCOECHEA GANGOITI, J. M. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.) (2015), *Las nuevas clases medias urbanas. Transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata.
- BONAMUSA, F. y SERRALLONGA, J. (eds.) (1994), *La sociedad urbana en la España contemporánea*, Asociación de Historia Contemporánea.
- CAPEL, R. M. (1986), *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- CARASA SOTO, P. (coord.): (2000), *Ayuntamiento, Estado y sociedad. Los poderes municipales en la España contemporánea*. Valladolid, Instituto de Historia «Simancas»-Ayuntamiento de Valladolid.
- CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F. (2008), *El Ensanche de Madrid Historia de una capital*. Madrid, Editorial Complutense.
- CARBALLO BARRAL, B. (2015): *El Ensanche este. Salamanca-Retiro, 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Catarata.
- CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (coords.) (2005), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, 2.ª ed.
- CARRERAS DE ODRIÓZOLA, A. y TAFUNELL SAMBOLA, X. (2010), *Historia económica de la España contemporánea (1789-2009)*, Barcelona, Crítica.
- CASTILLO ALONSO, S. (2008), *Historia de la UGT, vol. 1: Un sindicalismo consciente, 1873-1914*, Madrid, Siglo XXI.
- CASTELLS ARTECHE, L. (1987), *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcuana de la Restauración, 1876-1915*, Leioa, Vizcaya, Siglo XXI.
- CASTELLS ARTECHE, L. (coord.) (1999), *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Universidad del País Vasco.
- CASTRO ALFÍN, D. (1991), «Protesta popular y orden público: los motines de consumos», en García Delgado, J. L. (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, pp. 109-123.

- CRUZ MARTÍNEZ, R. (2006), *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI.
- CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.) (1997), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza.
- CHICOTE, C. (1916): *Las vacunas y los sueros del Laboratorio municipal*, Madrid, Imprenta Municipal.
- (1930), *El progreso sanitario de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal.
- DE MIGUEL SALANOVA, S. (2016), *Madrid sinfonía de una metrópoli europea, 1860-1936*, Madrid, Catarata.
- (2017), *Republicanos y socialistas. El nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909)*, Madrid, Catarata.
- (2021): *La nueva política en la ciudad moderna. Movilización del voto y dinámica electoral en Madrid (1890-1931)*, Madrid, Catarata.
- (2021): *Captar, votar y gobernar. Movilización y acción política en la España urbana (1890-1936)*, Madrid, Catarata.
- DEL ARCO BLANCO, M. A.; ORTEGA SANTOS, A., y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.) (2013), *Ciudad y Modernización en España y México*, Granada, Universidad de Granada.
- DÍAZ SIMÓN, L. (2016), *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Madrid, Catarata.
- DOPICO, F., y REHER, D. S. (1998), *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, Huesca, Asociación de Demografía Histórica.
- DUBERT, I. y MARTÍNEZ LÓPEZ, D. (2020), «Migraciones e historia agraria en España», en Díaz-Geada, A. y Fernández Prieto, L. (coords.) (2020), Granada, Comares, pp. 296-316.
- EALHAM, C. (2005), *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza.
- FEIJOO GÓMEZ, A. (1996), *Quintas y protesta social en el siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. y SUÁREZ CORTINA, M. (coords.) (2015), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid/Zaragoza, Marcial Pons y Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- GIRAL PEREIRA, J. (1914), *La ración alimenticia desde el punto de vista higiénico y social*, Madrid, Adrián Romo editor.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. (dir.) (1995), *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV.
- (2001), *Los orígenes de una metrópoli industrial: la Ría de Bilbao*. 2 vol., Bilbao, Fundación BBVA/Nerea.
- (2009), *La consolidación de la Metrópoli de la Ría de Bilbao*. 2 vol., Bilbao, Fundación BBVA.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M.; BEASCOECHEA GANGOITI, J. M., y ZARRAGA SANGRONIZ, K. (eds.) (2011): *Procesos de transformación, cambio e innovación en la ciudad contemporánea*, Bilbao, UPV.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. URRUTIKOETXEA LIZARRAGA, J. y ZARRAGA SANGRONIZ, K. (2015): *La «otra industrialización» del País Vasco. Las pequeñas y medianas ciudades: capital humano e innovación social durante la primera industrialización*, Bilbao, UPV.
- HAUSER, P. (1882-1884), *Estudios médico-topográficos y médicosociales de Sevilla*, Sevilla-Madrid, 2 vols.
- (1902), *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. 2 vols., Madrid; reedición de MORAL, C. del (1979), Madrid, Editora Nacional.
- (1913), *La Geografía Médica de la Península Ibérica*, Madrid, Imprenta de E. Arias.
- JULIÁ DÍAZ, S. (1984) *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI.
- KAPLAN, T. (2003), *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península.
- MARIN, D. (2010), *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Ariel.
- MARTÍN RAMOS, J. L. (2008), *Historia de la UGT, vol. 2: Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931*, Madrid, Siglo XXI.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, D. (2015), «Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo XX», *Historia Social*, n.º 81, pp. 29-47.
- (coord.) (2015), *Urbanización, modernización y cambio social en la Andalucía contemporánea*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces.

- MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.) (2001): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons.
- MARTÍNEZ MARTÍN, J. A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.) (2018): *La sociedad urbana en el Madrid contemporáneo*, Madrid, Catarata.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN (1931), *Estadística de salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1930*, Madrid, CLVIII-CLIX.
- NADAL OLLER, J. (1991), *La población española (siglos XVI al XX)*, Barcelona, Ariel.
- ORTÍZ HERAS, M.; RUIZ GONZÁLEZ, D., y SÁNCHEZ SÁNCHEZ, I. (Coords.) (2001), *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, ed. Universidad de Castilla La Mancha.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (2007), «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», en *España entre Repúblicas 1868-1939*, Guadalajara, ANABAD, pp. 27-80.
- (2007): «Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración», en Gómez-Ferrer, G. y Sánchez, R. (eds.) (2007), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 79-118.
- (2007), «Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 29, pp. 119-152.
- (2016), «La sociedad urbana y la irrupción de la Modernidad en España, 1900-1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 38, pp. 255-283.
- OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R. (eds.) (2017): *La sociedad urbana en España, 1900-1936. Redes impulsoras de la modernidad*, Madrid, Catarata.
- OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R. (eds.) (2018): *La ciudad moderna. Sociedad y cultura en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata.
- OTERO CARVAJAL, L. E., y DE MIGUEL SALANOVA, S. (eds.) (2018), *La escuela y la despensa. Indicadores de modernidad. España, 1900-1936*, Madrid, Catarata.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (2019), «La sociedad urbana en España. Los avances de la modernidad, 1900-1936», en Bernárdez de la Granja, M. C. y Sánchez Martínez, M. E. (comps.), *Las ciudades observadas por sus contemporáneos. Servicios urbanos y obra pública*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 17-80.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (ed.) (2020), *Las infraestructuras en la construcción de la ciudad moderna. España y México, 1850-1936*, Madrid, Catarata.
- OTERO CARVAJAL, L. E., y DE MIGUEL SALANOVA, S. (eds.) (2021), *Sociedad urbana y salud pública. España, 1860-1936*, Madrid, Catarata.
- OYÓN, J. L. (coord.) (1998), *Urbanismo, ciudad, historia II, Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Manresa, Angle.
- OYÓN BAÑALES, J. L.; GRIFUL, E., y MALDONADO, J. A. (2001), *Barcelona 1930. Un atlas social*, Barcelona, UPC.
- OYÓN BAÑALES, J. L. y GALLARDO ROMERO, J. J. (coords.) (2004), *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Barcelona, Carena.
- OYÓN BAÑALES, J. L. (2008), *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Serbal.
- PALLOL TRIGUEROS, R. (2015): *El Ensanche norte. Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*, Madrid, Catarata.
- PALLOL TRIGUEROS, R. y GARCÍA ABAD, R. (Coords.) (2017), *Inmigrantes en la ciudad. Dinámicas demográficas, mercados de trabajo y desarrollo urbano en la España contemporánea*, Bilbao, UPV.
- PANDO VALLE, J. (1905), *El impuesto de consumos. Su abolición gradual*, Madrid, Hijos de M. G. Hernández.
- PÉREZ FUENTES, P. (2004), «Ganadores de Pan» y «Amas de Casa». *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU.
- PÉREZ MOREDA, V.; REHER, D., y SANZ GIMENO, A. (2015), *La conquista de la salud. Mortalidad y modernización en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons.
- REHER, D. (1996), *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza.
- REVENGA, R. (1904), *La muerte en España. Estudio estadístico sobre la mortalidad*, Madrid, Sociedad Española de Higiene, Prensa de Madrid.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, N. (2015), *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

- RODRÍGUEZ MARTÍN, N. (2021), *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo. España, 1900-1936*, Madrid, Catarata.
- SÁNCHEZ PÉREZ, F. (1994), «De las protestas del pan a las del trabajo. Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)», *Historia Social*, 19, pp. 47-60.
- (2005), *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Madrid, Cinca-Fundación Largo Caballero.
- SEREÑANA Y PARTAGÁS, P. (1882), *La prostitución en la ciudad de Barcelona estudiada como enfermedad social y considerada como origen de otras enfermedades dinámicas, orgánicas y morales de la población barcelonesa*, reedición Geo-Crítica Textos electrónicos.
- SERRANO, C. (1981), «Guerra y crisis social: los motines de mayo del 98» en *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 1, pp. 439-449.
- SERRANO, C., y SALAÜN, S. (eds.) (2006), *Los felices años veinte: España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons.
- SOUTO KUSTRÍN, S. (200), «¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid?». *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI.
- ÚBEDA CORREAL, J. (1900), *Medios de disminuir la mortalidad en Madrid*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Administración militar.
- (1903), *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid: sus principales causas y medios de combatirla*, Madrid, Imprenta Municipal.
- VALLEJO POUSADA, R. (1996), «El impuesto de consumos y la resistencia antifiscal en la España de la segunda mitad del siglo XIX: un impuesto no exclusivamente urbano», *Revista de Historia Económica*, Año 14, n.º 2, pp. 339-370.
- VARELA ORTEGA, J. (dir.) (2001), *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Marcial Pons.
- VICENTE ALBARRÁN, F. (2015), *El ensanche sur. Arganzuela, 1860-1931. Los barrios negros*, Madrid, Catarata.
- VORMS, Ch. (2012), *Bâisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Paris, Creaphis Éditions.
- ZARRAGA SANGRONIZ, K. y GONZÁLEZ PORTILLA, M. (coord.) (1996), *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, Universidad del País Vasco.

CAPÍTULO 1

EXPANSIÓN URBANA Y CONFLICTO SOCIAL EN ESPAÑA, 1890-1936

Luis Enrique Otero Carvajal

Universidad Complutense de Madrid

David Martínez López

Universidad de Granada

Resumen: Entre 1890 y 1936 la sociedad española sufrió una importante transformación. La ciudad fue uno de sus escenarios fundamentales. El crecimiento demográfico, la diversificación de la economía y la expansión del espacio residencial, entre otros factores, conmovieron y cambiaron la sociedad urbana. La ampliación y la segmentación del obrerismo y la irrupción de las nuevas clases medias, expresiones fundamentales de esta transformación, aportaron complejidad a una población que incrementó sus efectivos aceleradamente. En este contexto nuevas y viejas problemáticas sociales relacionadas con el trabajo, la subsistencia, la residencia o el transporte afectaron severamente a un amplio segmento de la población urbana, sobre todo a las clases populares y a parte de las clases medias. Problemáticas que generaron un clima de malestar y de crispación generalizado que en los años del período intersecular se expresaría a través de un variado repertorio de formas de protesta (motines y huelgas) y que más adelante sería canalizado por el movimiento obrero hacia un formidable ciclo de conflictividad con dos hitos fundamentales, el trienio 1918-1920 y el primer bienio republicano. Este capítulo describe y analiza desde una perspectiva general este ciclo de conflictividad social.

Abstract: Between 1890 and 1936 Spanish society underwent a major transformation. The city was one of its fundamental scenarios. Population growth, economic diversification and the expansion of residential space, among other factors, shook and changed urban society. The expansion and segmentation of the working class and the emergence of the new middle classes, fundamental expressions of this transformation, brought complexity to a population that grew rapidly. In this context, new and old social problems related to work, subsistence, residence and transport severely affected a large segment of the urban population, especially the working classes and part of the middle classes. These problems generated a climate of generalised unrest and tension which in the years of the intersecular period would be expressed through a varied repertoire of forms of protest (riots and strikes) and which would later be channelled by the workers'

movement into a formidable cycle of conflict with two fundamental milestones, the three-year period 1918-1920 and the first two-year republican period. This chapter describes and analyses this cycle of social conflict from a general perspective.

CAPÍTULO 2
MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIOLABORAL
EN EL MADRID DE ENTREGUERRAS

Francisco Sánchez Pérez

Resumen: La débil industrialización de Madrid hasta la segunda década del siglo XX no permitió de ningún modo que la ciudad destacase en su conflictividad sindical ni las organizaciones madrileñas pudiesen liderar las movilizaciones sociolaborales a nivel nacional. A eso se contraponía sin embargo que secularmente y como corte y capital había sido un escenario primordial de la violencia y las protestas político-sociales y, dado que históricamente apenas había habido diferencia hasta entonces en la ciudad entre quién detentaba el poder municipal y el estatal, los conflictos del primer ámbito habían pasado con facilidad al segundo. Es sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial y los trastornos que generó, y en particular la movilización en torno a la huelga de agosto de 1917 y sus secuelas tanto políticas como sindicales hasta 1923, cuando la protesta política y la sociolaboral comienzan realmente a converger, condicionadas a su vez por las transformaciones urbanas, sociales y políticas de la ciudad. El retorno de las oportunidades políticas y el nuevo ciclo de movilizaciones que se abrieron en 1930 coincidieron con una crisis del modelo de crecimiento de la urbe, tras el impulso de los años veinte, que impelió a Madrid a convertirse en una líder del conflicto sociolaboral en el país entre 1933 y 1936 y en el escaparate privilegiado de la violencia social y política del momento en vísperas de la guerra civil.

Abstract: The weak industrialization of Madrid until the second decade of the 20th century did not allow the city to stand out in its union conflict, nor did the Madrid organizations lead the social and labour mobilizations at the national level. However, secularly and as a court and capital it had been a primordial scene of violence and political-social protests and, since historically there had been hardly any difference until then in the city between who held municipal power and the state, the conflicts of the first sphere had easily passed to the second. It is mainly from the First World War and the upheavals that it generated, and especially the mobilization around the strike of August 1917 and its political and union consequences until 1923, when political

and socio-labour protest really began to converge, conditioned in turn by the urban, social and political transformations of the city. The return of political opportunities and the new cycle of mobilizations that began in 1930 coincided with a crisis in the city's growth model, after the impulse of the 1920s, which propelled Madrid to become a leader in the labour conflict in the country between 1933 and 1936 and in the privileged showcase of the social and political violence on the eve of the civil war

CAPÍTULO 3
LAS OTRAS CARAS DE LA CONFLICTIVIDAD URBANA.
MOVILIZACIÓN VECINAL Y LUCHA POR LOS TRANSPORTES
EN EL MADRID DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Santiago de Miguel Salanova
Carlos Hernández Quero

Resumen: Hace años que la historiografía sobre el Madrid contemporáneo acabó con la idea de que la capital de España fue un espacio ajeno conflicto. Diversos trabajos académicos mostraron tanto la vitalidad del movimiento obrero madrileño como las estrategias de movilización de las distintas familias políticas. No obstante, el abanico de agitación sociopolítica de la ciudad desbordó la tarea de sindicatos y partidos formalmente organizados. Partiendo de un profundo conocimiento de la realidad social, espacial y demográfica de la ciudad, en este capítulo se plantea una primera aproximación a dos formas de conflictividad urbana centrales en el primer tercio del siglo XX: los primeros pasos del movimiento vecinal y la movilización en torno a los transportes.

Abstract: Years ago urban historians abandoned the idea of Madrid as a non-conflict city. Different studies showed the strength of its working-class movement and the diverse strategies political cultures developed to mobilize citizenship. However, social and political unrest went beyond trade unions and modern political parties. Departing from and in-depth knowledge of the social, spatial and demographic dynamics of Madrid, this chapter proposes a first approach to two typical forms of urban protest in the first decades of the 20th century: the origins of the neighbourhood movement and the mobilization on modern transport.

CAPÍTULO 4
TRANSGRESIONES COTIDIANAS Y REVOLUCIÓN
EN LAS COSTUMBRES EN LA CIUDAD MODERNA
MADRID EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Cristina de Pedro Álvarez
Rubén Pallol Trigueros
Fernando Vicente Albarrán

Resumen: Entre los años finales del siglo XIX y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial tomó forma una red urbana transnacional donde las grandes metrópolis actuaron como focos de experimentación y transformación social y cultural en su sentido más amplio. Un cosmopolitismo en las formas de vida, en los comportamientos individuales y colectivos o en los referentes culturales, que se vivió con una ansiedad entremezclada de miedos y de fascinación por el impacto de la modernidad. El trabajo toma como objeto de estudio la ciudad de Madrid durante la época de entreguerras para ilustrar los debates que se produjeron en los medios de comunicación en torno a los nuevos usos y costumbres desplegados en la ciudad moderna. Para ello, se proponen tres espacios en los que analizar el conflicto urbano: la calle, como el escenario por antonomasia de la vida urbana y en torno a la cual se desplegó un amplio debate sobre lo que era lícito o ilícito ver o hacer; los barrios bajos, convertidos en los espacios a los que se dirigían todas las miradas temerosas frente a la emergencia de nuevos sujetos sociales; y los nuevos lugares de sociabilidad y ocio nocturno, como el cabaret, blanco de críticas y generador de una fuerte controversia por su impacto en las costumbres y en la moral de la población.

Abstract: This book chapter analyzes the debates that took place in the media about the new and conflicting habits displayed in Madrid during the interwar period of the 20th century. For this, three spaces are proposed in which to analyze the urban conflict: the street as the scene in dispute about what was lawful or illegal to see or do; the underworld, turned into suspicious spaces in the face of the emergence of new social subjects; and the new places of sociability and nightlife, such as the cabaret, the target of criticism and the source of a strong controversy due to its impact on the customs and morale of the population.

CAPÍTULO 5
BARCELONA, CIUDAD EN DISPUTA.
1900-1936

Soledad Bengoechea
María Cruz Santos

Resumen: Hobsbawm escribió: «Barcelona ha sido la ciudad europea que más luchas obreras y rebeliones populares ha vivido a lo largo de los siglos XIX y XX. Los anarquistas de otros países la denominaron *La Rosa de fuego* y el término se difundió con ocasión de la «Semana trágica» (1909). Las luchas sociales quedaron ligadas sobre todo a las doctrinas anarquistas y anarcosindicalistas. El momento más descarnado de estas luchas fue probablemente el del pistolero, «quan mataven pels carrers», situado en un período complejo: el de los años inmediatamente posteriores a la Gran Guerra. Obreros y patronos se organizaron paralelamente en sindicatos únicos, y llevaron en Barcelona una lucha sin cuartel. El final de la crisis de la Restauración, que dio paso a la República, fue otro momento conflictivo en el que aparecieron nuevas formas de protesta y respuesta, aunque a veces no difirieron tanto de las de años anteriores. La CNT era un sindicato difícil de acallar.

Abstract: Hobsbawm wrote: «Barcelona has been the European city where more worker fights and insurrections have been lived during the XIX and XX centuries» No Spanish anarchists called it *La Rosa de Fuego*. The expression became popular after the «Semana Tràgica» (1909) revolt. Since then, most of the social troubles were considered anarchists and anarcho-syndicalist struggles. The roughest period of these conflicts probably was that known *el pistolero*, «quan mataven pels carrers», just at the end of the First World War. Workers and capitalists gave themselves new and very efficient organizations and Barcelona lived an all-out fighting. The II Republic snuff out the endemic Restauración crisis. New politics does not mean the end of social conflicts, quite the opposite, new kinds of protest appeared, and they summoned to the older ones. It was very hard to silence CNT.

CAPÍTULO 6
DEL SINDICALISMO DE OFICIO AL SINDICATO ÚNICO.
CUALIFICACIÓN, INMIGRACIÓN Y CENETISMO EN BARCELONA, 1910-1939

Carles Enrech
José Luis Oyón

Resumen: La Barcelona de entreguerras era una ciudad fragmentada en distintos estratos urbanos —tanto espacial como sociológicamente— con formas de vida cotidiana, percepciones políticas y pautas de acción colectiva diferenciadas. Una ciudad dividida, entre los barrios obreros y populares y las periferias urbanas —donde la población inmigrante y el anarquismo confederal eran dominantes—, entre trabajadores cualificados y trabajadores no cualificados, entre trabajadores autóctonos y trabajadores inmigrantes, entre partidarios de organizaciones obreras con estrategias políticas y sindicales más moderadas y partidarios del radicalismo revolucionario anarquista.

El capítulo se pregunta por las razones del atractivo de la CNT en las capas trabajadoras e inmigrantes peor pagadas desde la implantación del nuevo modelo de sindicato único en 1918. Se da cuenta de las dificultades y las divisiones internas que marcaron dicho paso deteniéndose específicamente en los años treinta, cuando el cenetismo se divide entre moderados y radicales, pues tenemos datos precisos sobre sindicación, condiciones de vida de los trabajadores y podemos establecer un balance del proceso.

El texto se pregunta primero sobre el cierre del abanico salarial entre trabajadores cualificados y no cualificados y las tensiones entre solidaridad y exclusión, entre sindicalismo y radicalización con la difusión del nuevo modelo sindical cenetista. En una segunda parte, se habla de la aceptación en pie de igualdad en los nuevos sindicatos confederales de la figura del obrero inmigrante descualificado de bajos salarios y de su remarcable presencia sindical tanto desde el punto de vista de la afiliación como de la militancia. Finalmente, el artículo subraya el espíritu de unidad y la defensa cenetista de ese trabajador inmigrante cuando existía una realidad obrera fracturada entre trabajadores catalanes y no catalanes y desde ciertos sectores del catalanismo fueron constantes los intentos de acentuar tal división en términos étnico-culturales.

Abstract: Barcelona in the interwar period was a city fragmented into different urban strata —both spatially and sociologically— with forms of daily life, political

perceptions, and different patterns of collective action. A city divided between the working-class and popular neighbourhoods and the urban peripheries - where the immigrant population and confederal anarchism were dominant -, between skilled and unskilled workers, between immigrant workers and native workers, between supporters of labour organizations with political and labour strategies more moderate and supporters of anarchist revolutionary radicalism.

The chapter asks about the relevance of unskilled, lowest paid and immigrant workers in Barcelona's anarchist CNT since 1910. It reviews more specifically the difficulties and internal divisions in the thirties, when cenetismo was divided between moderates and radicals and we have precise data on wages, rank-and-file affiliation and working-class urban living conditions

The text first reviews the closing of the wages' gap between skilled and unskilled workers with the spread of the new CNT union model in a context of solidarity and exclusion, unionism and radicalization. The second part of the chapter talks about the union acceptance on an equal footing of the low-wage unskilled immigrant workers and their remarkable presence both from the point of view of affiliation and militancy. Finally, the text underlines the CNT working-class spirit of unity and defense of immigrant workers when, actually, there was sociological division between Catalan and non-Catalan workers and constant attempts from certain sectors of Catalanism to underline such a division in ethnic and cultural terms.

CAPÍTULO 7

ESPACIO URBANO, CONFLICTO SOCIAL Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA EN EL BILBAO DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Susana Serrano

José María Beascoechea

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen: Bilbao y su aglomeración urbana fueron producto del impulso industrial. La industria y las actividades asociadas como el puerto y el comercio estuvieron omnipresentes durante la segunda mitad del siglo XIX e inicio del siglo XX. Sin perder ese carácter industrial, a partir de la Primera Guerra Mundial en Bilbao fue madurando una nueva situación, que se convirtió en dominante durante las dos siguientes décadas. El trabajo trata de comprender esa nueva realidad, una ciudad que ampliaba su extensión, desbordaba sus límites y transformaba su estructura social. Se conforma un nuevo orden compuesto por una élite burguesa, una clase obrera y una amplia y emergente clase media, que convivían en un ambiente de creciente conflictividad en un medio urbano dominado por la división social y la segregación espacial. Para ello planteamos un análisis cruzado socio-electoral y espacial, a través de los resultados electorales y las diferencias socioeconómicas entre las distintas áreas urbanas a lo largo del primer tercio del siglo XX.

Abstract: Bilbao and its urban agglomeration were the product of the industrial impulse. Industry and associated activities such as the port and commerce were omnipresent during the second half of the 19th century and the beginning of the 20th century. Without losing its industrial character, from the First World War in Bilbao a new situation began to mature, which became dominant during the next two decades. The work tries to understand this new reality, a city that expanded its extension, overflowed its limits and transformed its social structure. A new order was formed, made up of a bourgeois elite, a working class and a broad and emerging middle class, who lived together in an environment of growing conflict in an urban environment dominated by social division and spatial segregation. For this, we propose a cross-socio-electoral and spatial analysis, through the electoral results and the socioeconomic differences between the different urban areas throughout the first third of the 20th century.

CAPÍTULO 8
SEVILLA: CIUDAD SEGREGADA Y CONVULSA

Ángeles González-Fernández
Universidad de Sevilla

Resumen: La imagen romántica de Sevilla como ciudad exótica y encantadora, habitada por mujeres y hombres apasionados contrastaba abiertamente con la Sevilla real, aquella en la que vivían, trabajaban y morían la mayor parte de los sevillanos. La insalubridad de sus calles y plazas, de sus fábricas y casas corría pareja a la fragilidad de un tejido económico, especialmente vulnerable a la coyuntura, y a la carestía e insuficiencia de su parque inmobiliario. La desordenada expansión y transformación de su espacio urbano durante las primeras décadas del Novecientos agudizó los contrastes de una ciudad desvertebrada y dicotómica, escenario de cíclicas oleadas de conflicto social y de movilización política protagonizadas por los trabajadores y sectores de clase media que vindicaban el reconocimiento de sus derechos sociales y ciudadanos.

Abstract: The romantic image of Seville as an exotic and charming city, inhabited by passionate women and men, was in sharply contrast to real Seville, the one in which the majority of Sevillians lived, worked and died. The insalubrity conditions of its streets and squares, its factories and houses went hand in hand with the fragility of an economic fabric, especially vulnerable to the conjuncture, and the shortage and insufficiency of his housing stock. The disorderly expansion and transformation of its urban space during the first decades of the twentieth century sharpened the contrasts of a desvertebrate and dichotomous city, the scene of cyclical waves of social conflict and political mobilization led by workers and middle-class sectors that vindicated the recognition of their social and citizen rights.

CAPÍTULO 9

MOVILIZACIONES SOCIALES Y SINDICALES EN UNA CIUDAD «SOÑADA»: MÁLAGA, 1898-1936

Manuel Morales Muñoz
Dolores Alarcón Hidalgo
Universidad de Málaga

Resumen: Para toda Europa, la etapa que transcurrió entre los años noventa del siglo XIX y los veinte del siglo pasado fueron de un dinamismo inusual, no siendo ajena a esas circunstancias la misma España, donde a lo largo de aquellas décadas crecieron las ciudades, se construyeron nuevos edificios y se abordaron ensanches que consumaron la degradación de los antiguos barrios. Tampoco escapó a esa situación Málaga, donde el sueño de la ciudad balneario tropezaba con las denuncias por la insalubridad de los barrios obreros. Esos contrastes urbanos, y las movilizaciones sociales a las que dieron lugar la carestía de los consumos y las difíciles condiciones de vida que soportaban las clases trabajadoras, son las cuestiones que se abordan en las páginas que siguen.

Abstract: For the whole of Europe, the period between the nineties of the nineteenth century and the twenties of the last century were of unusual dynamism, and Spain itself was no stranger to these circumstances, where throughout those decades cities grew, new buildings were built and extensions were undertaken that consummated the degradation of the old neighborhoods. Malaga did not escape this situation either, where the dream of the spa city collided with complaints about the unhealthiness of the working class neighborhoods. These urban contrasts, and the social mobilizations to which the high cost of food and the difficult living conditions of the working classes gave rise, are the issues addressed in the following pages. del gobierno radical-cedista a causa del escándalo del «estraperlo».

CAPÍTULO 10
LA EMERGENCIA DE LA CLASE OBRERA EN GRANADA
(1890-1923)

David Martínez López
Universidad de Granada

Resumen: La población y la economía de Granada experimentaron un notable cambio al hilo de la etapa de crecimiento impulsado por el boom azucarero y la reforma urbana durante el período intersecular. Su población tuvo un crecimiento inédito y su estructura ocupacional evolucionó. Estos cambios afectaron al tejido social de la ciudad. El mundo del trabajo ganó en complejidad, a la vez que mantuvo los sesgos de precariedad y vulnerabilidad que lo condicionaban. El parón de la economía urbana en la segunda década del novecientos y, luego, el impacto de la Gran Guerra, sumieron a la sociedad granadina en una grave crisis que no halló respuesta en unas instituciones políticas locales y provinciales inoperantes y corruptas. La doble crisis, social y política, abrió una ventana de oportunidad a la emergencia de un nuevo agente social, la clase obrera. Los trabajadores granadinos, apoyados en un denso entramado societario, liderados por ugetistas y anacosindicalistas y espoleados por una importante movilización, encabezaron las reivindicaciones de las clases populares.

Abstract: The population and the economy of Granada city sustained a remarkable change to the thread of the growth stage driven by the sugar boom and the urban reform during the intersecular period. Its population had an unprecedented growth and its occupational structure evolved. These changes affected the social fabric of the city. The world of work became more complex, while maintaining the biases of precariousness and vulnerability that conditioned it. The stoppage of the urban economy in the second decade of the 20th century and then the impact of the Great War, plunged of the Granada's society into a serious crisis that found no response in inoperative local and provincial political institutions. The double crisis, social and political, opened an opportunity for the emergence of a new social agent. The Granada workers, supported by a dense corporate network and spurred, led by Ugetist and anarcho-sindicalist and on by an important mobilization, they led the demands of the popular classes. The cycle of strike conflict of 1917-1921, which resulted in an improvement in the working and living conditions of the population, was a formidable demonstration of popular empowerment.

CAPÍTULO 11
ESPACIO URBANO, MOVILIZACIÓN POLÍTICA DEMOCRATIZADORA
Y CONFLICTO SOCIAL EN EL JAÉN DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Luis Garrido-González
Universidad de Jaén

Resumen: En este trabajo se plantea una revisión del papel que jugaron las clases trabajadoras urbanas en las movilizaciones políticas y sociales para la consecución de espacios más democráticos en el Jaén del primer tercio del siglo XX. Consta de una introducción, a la que le siguen tres apartados y unas conclusiones. En el primero se estudian las condiciones de vida, trabajo y el proceso de concienciación política democratizadora y de conflictividad sociolaboral en las ciudades jiennenses. Fue un proceso de formación e identificación de las clases trabajadoras y populares con las ideologías republicanas, marxistas, socialistas, comunistas o anarcosindicalistas en oposición a las clases medias y altas de la sociedad. El segundo analiza los cambios sociales y económicos que provocaron un enorme malestar social y un esfuerzo denodado por mantener un mínimo bienestar de subsistencia. El tercero se ocupa de las movilizaciones y conflictos protagonizados por las mujeres y hombres trabajadores urbanos, industriales y mineros. Se concluye que hubo, simultáneamente, un proceso de configuración de las clases trabajadoras que no se puede separar de los esfuerzos democratizadores ni de la expansión del capitalismo liberal. Dicho proceso culminó en dos fases, una a finales de los años diez y otra a principios de los treinta. Desencadenó una gran conflictividad sociolaboral y la movilización política democratizadora de amplias masas de ciudadanos jiennenses.

Abstract: This paper proposes a review of the role played by the urban working classes in political and social mobilizations for the achievement of more democratic spaces in Jaén (Andalusia, Spain) in the first third of the twentieth century. It consists of an introduction, which is followed by three sections and conclusions. The first studies the living and working conditions and the process of democratizing political awareness and social and labour conflict in the cities of Jiennese. It was a process of formation and identification of the working and popular classes with republican, Marxist, socialist, communist or anarcho-syndicalism ideologies in opposition to the middle

and upper classes of society. The second analyses the social and economic changes that caused enormous social unrest and a ted effort to maintain a minimum subsistence well-being. The third deals with mobilizations and conflicts led by women and men urban workers, industrialists and miners. It is concluded that there was, simultaneously, a process of configuration of the working classes that cannot be separated from the democratizing efforts or the expansion of liberal capitalism. This process culminated in two phases, one in the late thirties and the other in the early thirties. It triggered a great social and labor conflict and the democratizing political mobilization of large masses of Jiennese citizens.

CAPÍTULO 12
CONFLICTIVIDAD Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA EN JEREZ DE LA FRONTERA
EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Diego Caro Cancela
Universidad de Cádiz

Resumen: Jerez de la Frontera constituía en el primer tercio del siglo XX un paradigma de lo que algunos geógrafos han llamado una «agrociedad», un peculiar tipo de poblamiento urbano característico de algunas regiones de la Europa mediterránea. En este periodo sufre un claro proceso de estancamiento a consecuencia, entre otros factores, de la importante crisis que la llegada de la plaga de la filoxera provoca en la economía local y ve también cómo se consolida una organización social tremendamente desigual. Frente a una poderosa oligarquía terrateniente y vinatera, plagada de títulos nobiliarios, y una débil clase media, se consolida una heterogénea clase trabajadora, en la que un inmenso grupo de jornaleros agrícolas, constituía su fracción más numerosa, viviendo siempre al límite de la subsistencia. Estas enormes diferencias sociales y el temprano arraigo en la ciudad de ideologías como el republicanismo y el anarquismo son los factores que explican la importante conflictividad social que se vive en este tiempo histórico, con dos momentos cenitales: el trienio 1918-1920 y la Segunda República.

Abstract: In the first third of the 20th century, Jerez de la Frontera was a paradigm of what some geographers have called an «agro-city», a peculiar type of urban settlement characteristic of some regions of Mediterranean Europe. During this period it underwent a clear process of stagnation as a result, among other factors, of the major crisis that the arrival of the phylloxera plague caused in the local economy, and it also saw the consolidation of a tremendously unequal social organisation. In contrast to a powerful landowning and wine-producing oligarchy, full of noble titles, and a weak middle class, a heterogeneous working class was consolidated, in which an immense group of agricultural labourers constituted the largest fraction, always living on the edge of subsistence. These enormous social differences and the early roots in the city of ideologies such as republicanism and anarchism are the factors that explain the significant social conflict experienced in this historical period, with two key moments: the three-year period 1918-1920 and the Second Republic.

CAPÍTULO 13
ESPACIO URBANO, CONFLICTO SOCIAL Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA
EN LA GALICIA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Antonio Míguez Macho

Resumen: El objeto de este capítulo es analizar los distintos fenómenos de conflicto y movilización que se producen en el marco urbano gallego del primer tercio del siglo XX. Sobre la base de un análisis de los cambios observados en ese entorno desde finales del siglo XIX y a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX, se realiza un estudio de las distintas facetas de la movilización social. Por una parte, se atiende a la perspectiva de la experiencia de las clases populares, sus entornos de sociabilidad y de vida comunitaria, así como el modo en que influyen en ellos los cambios por la intervención del Estado y sus agentes. En esta época en Galicia también se vive, como en el conjunto español, el desarrollo del movimiento obrero, así como en general el acceso de las clases trabajadoras a la política de masas. Por otra parte, también se tiene en consideración el modo de politización de las clases medias y burguesas, desde el marco de las redes clientelares de la Restauración, a la proliferación de partidos políticos modernos en la época de la II República. Se realiza, por último, una valoración global del fenómeno de la violencia y de sus manifestaciones (particularmente, de corte sociopolítico) en el caso gallego a lo largo del período estudiado, hasta llegar a la gran ruptura que supone a estos efectos el triunfo del golpe de Estado de julio de 1936.

Abstract: The aim of this chapter is to analyze the different levels of conflict and mobilization that happened in the Galician urban scenario of the first third of the 20th century. Based on an analysis of the changes in this particular environment since the end of the 19th century and throughout the first three decades of the 20th century, this text presents a study of social mobilization in that context. On the one hand, this text pays attention to experiences of the popular classes from below, their environments of sociability and community life, as well as the way in which changes due to the intervention of the State and its agents in the public sphere influence them. At this time Galicia is also experiencing the development of the labor movement, as it happens in general in Spain, as well as the entry of the working class into mass politics. On the

other hand, the process leading to politicization of the middle and bourgeois classes is also taken into consideration, since the clientelistic networks of the Restoration period, to the proliferation of modern political parties during the Second Republic. Finally, the chapter presents a global assessment of the phenomenon of violence and its expression (particularly of a socio-political nature) in Galicia, until the great rupture of the coup of July 1936. Referencias

CAPÍTULO 14

LA TURBA URBANA Y OTRAS PRÁCTICAS INSURGENTES: CICLOS Y REPERTORIOS DE ACCIÓN COLECTIVA EN GUADALAJARA (1902-1918)

Javier San Andrés Corral
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En el primer tercio del siglo XX, la turba urbana siguió siendo una de las formas de acción colectiva preferida en las pequeñas ciudades europeas. Caracterizada por su aparente espontaneidad y su estrecha relación con las subidas del precio de las subsistencias, los tumultos, algaradas y disturbios protagonizados por la multitud insurgente han sido calificadas a menudo como formas de protesta prepolíticas, primitivas e irracionales. El análisis de los ciclos y repertorios de acción colectiva que tuvieron lugar en Guadalajara durante las primeras dos décadas del siglo XX evidencia el vínculo entre los manifestantes anónimos y las sociedades obreras de la ciudad, que combinaron viejos y nuevos lenguajes y se alternaron en la vanguardia insurgente para lograr una mayor eficacia en sus reivindicaciones e impulsar una mayor implicación del Ayuntamiento en la política social.

Abstract: In the first third of 20th Century, the urban mob was one of the favourite ways of collective action in European small towns. Distinguished by its apparent spontaneity and its narrow relationship with food rates increasing, riots and disorders starring by the insurgent crowd have been characterized as pre-political, primitive and irrational ways of protest. The analysis of collective-action cycles and repertoires in Guadalajara during the two first decades of 20th Century shows the link between anonymous protesters and labor unions, which combined old and new languages and alternate in front of the insurgent vanguard to get the largest efficacy in its demands and impulse a bigger implication of local government in social politics.

CAPÍTULO 15

ESPACIO URBANO Y VIOLENCIA SOCIOPOLÍTICA EN LA ESPAÑA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

Resumen: En el texto se trata de mostrar las implicaciones que el proceso de urbanización tuvo en la modernización de la violencia sociopolítica en España entre 1898 y 1936. Desde esa perspectiva transecular, se trata de constatar la evolución de la identidad de los actores colectivos, la cambiante fisonomía de los enfrentamientos sociopolíticos, la articulación de estrategias de lucha por el poder crecientemente masivas y organizadas (con especial atención a las violencias insurgentes y pretorianas), y la respuesta dada por el Estado a todos estos desafíos a su presunto monopolio de la fuerza.

Abstract: The text tries to show the implications that the urbanization process had in the modernization of socio-political violence in Spain between 1898 and 1936. From this transecular perspective, it is a matter of verifying the evolution of the identity of the collective actors, the changing physiognomy of socio-political confrontations, the articulation of increasingly massive and organized power struggle strategies (with special attention to insurgent and praetorian violence), and the response given by the State to all these challenges to its alleged monopoly of force.

ENTRE HUELGAS Y MOTINES es una obra colectiva que aborda la conflictividad y la movilización urbana que se dio en España entre fines del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Las transformaciones económicas, demográficas, sociales y políticas desplegadas en este tracto temporal marcaron un cambio de época en la historia del país. Y la urbanización y el cambio social urbano fueron decisivos en dicha trayectoria.

La emergencia de un nuevo sujeto político, la clase obrera, constituyó una de las manifestaciones más relevantes de la nueva época. La movilización de las clases populares y de las nuevas clases medias, catapultada por un vivaz tejido societario y por un relato igualitarista sobre la emancipación social ahormado por el republicanismo, el socialismo y el anarquismo, trascendió la política de los notables para despejar el peso a la efervescencia popular.

Empero el interés para la lectora y el lector de esta obra radica tanto en la trascendencia del momento histórico analizado como en la actualidad de su contenido. En primer lugar, porque supone la puesta al día, con la incorporación del conocimiento aportado por las nuevas investigaciones desarrolladas a distinta escala, de una temática hace tiempo tratada por la historiografía española —J. L. García Delgado, *Las ciudades en la modernización de España*, 1992; y F. Bonamusa y J. Serrallonga, *La sociedad urbana en la España contemporánea*, 1994—. En segundo lugar, porque procura incorporar los nuevos enfoques historiográficos y, en especial, a los que han otorgado a la dimensión espacial y territorial un papel central en el análisis del cambio social urbano. En tercer lugar, porque proporciona una visión panóptica del despliegue de la movilización popular y la emergencia de la clase obrera en las variadas realidades urbanas del país. Y, por último, porque ofrece al momento político actual en España y en general en el mundo occidental un acercamiento a un tiempo en cierta medida análogo, cuando la movilización de las gentes del país despejó el camino a la apuesta democrática de la II República.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-343-9



9 788413 693439